

JUAN BOSCH UN HOMBRE SOLO

Por Stefan Baciú

Cuentan que cierto político, a quien, después de la deposición de Juan Bosch por los militares, preguntaron por qué en América Latina los escritores políticos no consiguen mantenerse durante mucho tiempo en el poder, dio la siguiente explicación: “ ¡Es una cuestión de técnica literaria! Por ser novelista, esto es, autor de libros de gran volumen, Rómulo Gallegos estuvo más tiempo; Bosch, que es cuentista, autor de “historias cortas”, tuvo que salir después de corto período.”

Si pensamos que Joaquín Balaguer fue elegido para la presidencia de la República Dominicana después de los trágicos acontecimientos que llevaron al país a la guerra civil, podemos decir, tal vez, que los críticos alcanzan el Poder en días críticos...

Todo esto puede ser cómico, pero hay en ello cierta verdad política que puede hacernos pensar...

UN DESCONOCIDO

Mi pretensión es trazar en estas páginas el perfil humano de Juan Bosch, amigo mío desde hace tres lustros. Con él he convivido en lugares y momentos diferentes. He creído en su destino político, como haré ver en su momento, desde una época en que nadie (ni siquiera Trujillo, a quien sucedió como primer presidente constitucional elegido democráticamente) pensaba en la posibilidad de que el cuentista de *Muchacha de la Guaira* llegaría a la primera magistratura, a pesar de que dirigió desde el destierro un movimiento animado por algunos de sus amigos, y que los adversarios y enemigos llamaban “partido de bolsillo”.

No voy a juzgar, apreciar, analizar o enfocar, bajo ningún punto de vista, las recientes actuaciones políticas de Bosch. Y ello debido a dos razones por lo menos:

1. Porque creo que el tiempo no permite todavía un enjuiciamiento objetivo y sereno;

2. Porque entre mis pensamientos políticos y mi posición, digamos, doctrinaria, y aquélla a la cual Bosch llegó después de su ascensión al Poder, existen discrepancias, matices, diferencias que no deben ser analizadas en un trabajo como este que pretendo realizar.

No sé si voy a publicar algún día mi semblanza de Bosch, aunque algunos que lo conocen menos que yo —y desde una época más reciente— ya hayan publicado la suya, con un resultado, por otra parte, que no puedo juzgar sino como deplorable y parcial, bien sea en una o en otra dirección: izquierda o derecha. Y esto, en la medida en que, en Santo Domingo, tales “posiciones” puedan ser situadas en un plano político, como lo fueron, por ejemplo, en Venezuela, Chile o Perú, donde existen corrientes y programas políticos definidos desde hace varias décadas.

Las páginas que siguen podrían ser llamadas simplemente *horas con Juan Bosch*, y me esforzaré por mostrar en ellas una faz suya poco conocida, o completamente desconocida, no sólo por el gran público, sino también por los expertos, técnicos y teóricos, que después de haber conversado durante algún tiempo con Bosch, algunos sin saber siquiera expresarse en español, o sin tomar apuntes de sus afirmaciones, se han dedicado a fabricar gruesos libros, doctos ensayos, largas polémicas, sabias interpretaciones sobre un hombre que no conocían y que, debido a circunstancias ajenas a su voluntad, ha adoptado a veces una actitud impuesta o dictada por los acontecimientos del momento; razón por la que puede aparecer bajo un falso prisma.

El líder político, el ex presidente de la República, el amigo del presidente Kennedy, el estadista que salió retratado en tantos periódicos, en el cine y en la televisión abrazado al entonces vicepresidente Lyndon B. Johnson; el cuentista famoso en toda la América Latina, es, al fin y al cabo, un hombre desconocido, en torno del cual se fabricaron y se fabrican todavía leyendas en nombre de una u otra doctrina y de intereses a los que, estoy seguro, es completamente ajeno, pues antes que nada, Juan Bosch es un simple ciudadano y un ciudadano simple. Un hombre para quien el calificativo de *sencillo* me parece el más adecuado.

Tuve oportunidad de convivir con Bosch en los más diversos lugares de América Latina. Lo recibí en mi casa, un cuarto mal amueblado en Río de Janeiro; conversé con él en humildes cuartos de

hotel; pasé largas horas en su casa de Caracas, casi tan modesta como la mía; conviví con él en su primera residencia, en Santo Domingo, después de su regreso del exilio, y, finalmente, lo vi en palacio, cuando estaba cercado por la fina flor de la izquierda democrática de América Latina. Pero también, ya digo, tomé con él café con leche en lecherías populares.

Le entrevisté varias veces desde 1955, cuando todavía era desconocido en América Latina —no digamos en Europa y Estados Unidos— su *Partido Revolucionario Dominicano*. Entrevisté a su compañero Angel Miolán, el hombre que organizó el partido en Santo Domingo cuando los Trujillo estaban aún en el poder a través de sus cómplices. Le oí contar historias que más tarde se transformarían en cuentos. Le oí relatar proyectos, que se convirtieron en realidad o quedaron simplemente en proyectos. Recibí de él mensajes cuando menos lo esperaba y de los lugares más extraños. Creí en su capacidad política desde cuando ni siquiera se hablaba del político Juan Bosch, a no ser entre un puñado de dominicanos, cubanos o centroamericanos.

Con él asistí a la primera victoria de Rómulo Betancourt en Caracas. Con él y algunos otros desterrados cubanos preparamos en 1958, en la capital venezolana, cierta campaña anti-Batista, sin hacer de ella ninguna actividad pro-castrista, pues Bosch siempre mostró desconfianza ante Fidel Castro.

Fui uno de los primeros a ser invitado por él, junto con mi esposa —me llamó por teléfono después de salir de la Casa Blanca, donde sostuvo una entrevista como presidente electo con John F. Kennedy—, para que acudiéramos al solemne acto de la Transmisión del Mando. Y yo no era entonces ni periodista militante ni columnista de política internacional. Era simplemente un amigo.

Con este carácter me propongo escribir estas páginas, en las que se encontrarán algunos aspectos desconocidos, capaces de mostrar a los que estén interesados en ello el verdadero rostro de Juan Bosch, pero donde faltarán también esas llamadas *revelaciones sensacionales*.

Sé, directa o indirectamente, algo de aquí y de allí que tal vez podría ser calificado de “sensacional”. Naturalmente, no se trata de liviandades como la historia de la “Legión Caribe”, donde algunos quieren hacer de él un general, un aventurero, un oportunista.

Hablaré de *política* en estas páginas sólo de una manera marginal y cuando fuere absolutamente indispensable. No quiero escribir sobre

el Presidente Bosch. Otros más calificados que yo lo hicieron y todavía lo harán.

He leído mucho, casi todo lo que se ha escrito acerca de Bosch, procedente de las más variadas fuentes: apresurados periodistas americanos que, después de media hora de conversación en "español", sentábanse para escribir un ensayo de tipo psicológico-sensacionalista, en el cual presentaba al "Doctor Bosch" como una especie de Mefistófeles; autores dominicanos y cubanos desterrados, que le calificaban de "Judas Bosch", haciendo alusión a su más profundo y menos conocido libro, *Judas Iscariote, el calumniado*.

Puedo decir, sin exagerar, que en los millares de páginas que he leído acerca de Bosch como *hombre*, no encontré un solo trabajo, que, *íntegramente*, pueda ser mencionado como fuente seria, capaz de suministrar buena información a aquellos que se interesen por saber algo sobre este personaje que, después de haber aparecido en la primera plana de la prensa mundial, entró de nuevo en un ambiente normal: en el de escritor y cuentista. Pues, al final, es esto lo que queda de definitivo, de serio, de bueno, de válido y auténtico en el ex presidente constitucional de la República Dominicana.

Sólo quien almorzó y cenó con Bosch, en medio de su familia, y lo vio cómo dejaba que sus hijos contaran cosas acerca de sus lecturas y juegos; sólo quien recorrió a su lado, al volante de un coche prestado por un amigo, las ciudades de Caracas y Santo Domingo; sólo quien le oyó leer su última creación literaria, aprovechando no solamente la oportunidad de presentar la nueva obra, sino también de mejorarla y perfeccionarla por medio de inesperados retoques y auto-sugestiones críticas; sólo quien habló con él cuando todavía no era mundialmente famoso, para escucharle y recoger opiniones sobre el destino de su país y de América Latina, puede decir que conoce a Juan Bosch de la manera como debe ser conocido un hombre de su compleja grandeza.

Nuestro primer encuentro, con motivo de una entrevista que le hice, se verificó cuando Rafael Leónidas Trujillo Molina era todavía *Padre y Benefactor de la Patria*, y cuando Bosch viajaba casi clandestinamente de una capital a otra, a fin de escapar a la vigilancia de la policía secreta de Trujillo, Batista o de otros dictadores criollos.

Aquella primera entrevista, que despertó una vaga curiosidad en la redacción del diario donde yo trabajaba, pasó casi inadvertida. Pero mis comentarios sobre el político Juan Bosch se hacían cada vez más insistentes.

Siempre que escribía sobre Trujillo y su dictadura mencionaba como el “tipo anti-Trujillo” y probable sucesor a la presidencia al “forajido y apátrida”, al “comunista y agitador”, según lo calificaban no sólo los representantes de Trujillo, sino también toda la *maffia* de los Somoza, Carías y Ubico, cuyos emisarios abundaban en Río de Janeiro, colocados en cargos diplomáticos que aprovechaban para dedicarse al espionaje o al contrabando.

Fue así como durante siete años y varias veces por mes escribí en el Brasil —donde la política del Caribe, hasta la subida al Poder de Fidel Castro, despertó poco interés— mis comentarios, mis reportajes, en mi columna diaria, sobre la futura situación de Juan Bosch, cada vez que tenía oportunidad e mencionar la República Dominicana.

Recuerdo perfectamente que cuando preparaba algún trabajo más “espectacular” que otros, mi director, Carlos Lacerda, me llamaba a su despacho para preguntarme medio divertido: “¿Y su cuentista? ¿Ya depuso la dictadura de Trujillo?”.

En los medios diplomáticos latinoamericanos de Río la reacción era la misma, excepto la de uno o dos hondureños o cubanos que habían conocido a Bosch en La Habana, apreciando sus cualidades. Pero mi interés subía hasta tal punto que un día, después de publicada en el semanario carioca “Maquis”, cuya tirada en aquella época era grande, una entrevista que sostuve en Caracas con Juan Bosch y Angel Miolán, convencí a su director, mi compañero Amaral Netto, para que hiciese una tirada extra del texto de la entrevista (mil o dos mil ejemplares) que, llevados a Caracas en valija diplomática por un agregado naval de Venezuela en Río, consiguieron penetrar clandestinamente en territorio dominicano.

Es verdad que el texto estaba escrito en portugués. Pero en aquella entrevista, que aún hoy considero fundamental para la orientación ideológica de Bosch, falsamente tachado de “izquierdista” (en un sentido pro-comunista o filocastrista), los dominicanos que leyeron el mensaje que les llegaba de tan lejos y de tan rara forma adivinaron seguramente que el hombre cuya fotografía iba allí estampada era, para ellos, el símbolo de una vida más justa y más humana.

Nunca, después del diluvio de textos que se publicaron sobre Juan Bosch, sentí mayor necesidad de encontrar un trabajo justo, legal, bueno, humano, claro, correcto, limpio, decente, en el cual el Juan Bosch que yo conocí y cuya “propaganda”, vamos a decirlo, hice desde 1955 hasta su ascensión al Poder, cuando la leyenda negra y la adulación mataron la verdad; nunca sentí, repito, remordi-

mientos por haber escrito tanto sobre este hombre. Al contrario, creo que la máquina de propaganda que él no armó, pero a la que no consiguió escapar u oponerse, le hizo tanto daño que será difícil que la historia lo pueda rectificar.

¡Quién sabe! Tal vez algún día, cuando las pasiones se serenen, cuando Juan Bosch deje de ser el supuesto *enemigo de Fiallo o adversario de Balaguer*, alguien se tomará el trabajo de escribir sobre él bajo un espíritu de verdad, presentando en su verdadera imagen a este intelectual y estadista que yo aprendí a estimar y a querer bien desde cuando era *sólo* un cuentista. Uno de los grandes cuentistas de este continente, donde los presidentes vienen y van, a veces con tal velocidad, que nadie quiere saber de ellos, aun cuando su imagen pueda decirnos algo, atraer o iluminar los caminos del futuro...

TRUJILLO AMENAZA A SUIZA Y AL BRASIL

Hay cosas extrañas en la vida de cada uno, hechos indescifrables de los que es casi imposible o inútil hallar la "clave"; el misterio no podrá ser deslindado ni aclarado aunque no sea trágico ni profundo; es apenas algo que podríamos llamar coincidencia.

Así puede ser calificado mi *conocimiento* de Juan Bosch, esto es, mi primer encuentro con su nombre, pues el contacto con su obra sería casi una década después de este primer encuentro que ahora relataré.

En el verano de 1948, en señal de protesta contra la implantación del régimen comunista en mi patria, Rumania, presenté mi dimisión del cargo de consejero de Prensa que ocupaba en la legación rumana en Suiza. Para dorar la píldora, y por no dar explicaciones directas de que el Gobierno me destituía como elemento indeseable, mi salida de la capital suiza fue transformada en "traslado". Tratábase de ir a Sofía, capital de otro país comunista, Bulgaria, donde el régimen estalinista era más duro todavía que el durísimo de Rumania.

Cuando presenté mi dimisión, mi esposa y yo teníamos un capital de 30 francos suizos, en moneda corriente, y pagada la renta del apartamento por dos o tres semanas más. Así, fue preciso que mi esposa comenzase a trabajar inmediatamente como farmacéutica en una botica de Berna. Mientras tanto, yo vendí, para aumentar nuestro raquítico "capital", la única cosa para la que encontré comprador: mi máquina de escribir portátil, con cuya ayuda pretendía iniciar mis actividades de *free lancer* en la prensa de Berna y Zurich.

En los meses que precedieron a mi dimisión había entrado en contacto con algunos periodistas suizos. Estos se comprometieron a publicarme con cierta frecuencia comentarios sobre la política de los Balcanes, pero firmados con pseudónimo, pues el Gobierno suizo estaba empeñado en mantener —bajo todos los puntos de vista— su política neutral.

Los comentarios contrarios a un país con el que se mantenían relaciones, y cuyo autor era un individuo que hasta hacía poco fue diplomático del país criticado, con datos que ningún extranjero podría conocer, estaba colocando en peligro las relaciones ya tensas entre la democracia suiza y la dictadura del Este.

Mi primera actividad, todas las mañanas, después que mi mujer salía para la farmacia y de donde sólo regresaba a la hora del almuerzo, para volver nuevamente a su trabajo, era la lectura atenta de todos los diarios suizos. No tanto por hábito profesional, sino porque la prensa suiza, especialmente los tres diarios de repercusión internacional, era considerada como la mejor informada y la más seria del mundo.

“Cazando” asuntos que consideraba fuera de lo común, di, cierto día, con un reportaje bastante completo, no recuerdo en qué revista, en el que tuve la oportunidad de leer por primera vez un informe detalladísimo sobre la dictadura de Trujillo en la República Dominicana. Quedé impresionado, pues veía que no sólo era mi país el que vivía bajo una dictadura inhumana.

Tratábase de un excelente trabajo en el que se mostraba la situación del país bajo la tiranía de Trujillo y donde se hablaba de un movimiento armado que se preparaba en algún lugar, creo que en Cuba o Méjico, bajo el control de un opositor de Trujillo que se llamaba Juan Bosch.

Leí y releí el reportaje. Creí que sería más fácil —para evitar un problema con las autoridades suizas— a un refugiado rumano escribir sobre el distante país del Caribe. Pero como yo no poseía más documentación que aquel reportaje, decidí recurrir a algunos colegas latinoamericanos con quienes había hecho amistad. Tal vez supiesen algo. En entrevistas informales y sin confesar mi propósito, hablé con el diplomático brasileño Hygas Chagas Pereira, excelente *expert* en asuntos latinoamericanos, con el peruano Alberto Wagner de la Reyna y con una o dos personas más. Me senté en seguida ante mi mesa de trabajo y escribí el primer reportaje de refugiado sobre la tiranía

dominicana; sobre Trujillo; sobre los grupos de oposición y la actuación de un dirigente llamado Juan Bosch.

Fue mi amigo R. Th. Weiss, redator-jefe de "Berner Tagblatt", quien imprimió el trabajo en la primera página del diario. Al pie del artículo vi, no sin espanto, las iniciales "S.B."

En Suiza, especialmente en asuntos de esta índole, las cosas andan de prisa.

Dos días después de la publicación de mi primer artículo, Weiss me llamó a la redacción para informarme de que el director del diario había sido consultado confidencialmente por el Departamento de Política Exterior de la Cancillería sobre el autor del artículo, debido a una vehemente protesta del representante diplomático de Trujillo, que, si no me falla la memoria, se llamaba Pastoriza Valverde. Este había averiguado que un ex diplomático rumano, residente en Suiza como refugiado político; sin poseer por su carácter autorización de trabajo, dedicábase "a envenenar las cordiales relaciones suizo-dominicanas, haciendo el elogio de agitadores comunistas como el apátrida Juan Bosch". (Las "cordiales relaciones" eran, naturalmente, los depósitos de Trujillo en los Bancos suizos).

No vi el escrito de protesta, pero Weiss, bastante divertido, me aseguró que el representante de Trujillo pedía a las autoridades mi expulsión del país, cosa que, naturalmente, no se llevó a cabo. Fui discretamente invitado a *visitar* el Departamento de Policía de Extranjeros, donde un señor que, por casualidad, era un excelente amigo personal, me sugirió que, en el futuro, si seguía publicando artículos contra Trujillo, lo hiciese sin firma...

Medio año después salimos de Berna con dirección a Río de Janeiro, y no oí hablar acerca de Juan Bosch hasta que comencé, en varias hojas de Río, mi actividad comentariasta de política internacional, dedicándome específicamente a los países regidos por dictaduras: a los del Este de Europa, donde Stalin estaba en el auge del Poder, y a los de América Latina, donde dictaban los Trujillo, Pérez Jiménez, Perón, Stroessner y Somoza. Para mí se trataba —y siempre se trató— de una sola batalla en dos frentes.

Desde aquel casi incidente diplomático suizo-dominicano hasta mi primer contacto personal con el hombre y la obra de Juan Bosch había de pasar, en América Latina, siete años.

En Río casi nadie conocía su nombre. Nadie poseía sus libros, y el

representante de Trujillo, Rafael Espaillat, estrechamente ligado más tarde en el asesinato de Jesús Galíndez, después de haber leído mi primer comentario donde hablaba de Juan Bosch, mandó a su secretario privado telefonar al secretario del "Diario da Noite", Carlos Eiras, quien había publicado mi artículo, para decirle "de buena fuente" que el reportaje publicado sobre la República Dominicana colocaba en difícil situación las relaciones entre los dos países, y que en él se elogiaba, además, a un agente del Kremlin.

Como portavoces de Trujillo que eran, tanto Pastoriza Valverde como Rafael Espaillat hablaban el mismo lenguaje.

Pero quien tenía razón era Juan Bosch. Y yo. Esto llegaría a averiguarse luego, durante toda mi campaña de casi diez años contra Trujillo y a favor de Juan Bosch.

CUENTO DE NAVIDAD

Veinticuatro de diciembre de 1955. Víspera de Navidad. En esta fecha supongo que a nadie le gusta quedarse encerrado en un escritorio. Particularmente en un día con un calor de más de 40 grados a la sombra, y además en una sala ardiente como un horno, tal como era la redacción de "Tribuna da Imprensa", en la Rua Lavradio de Río de Janeiro. Uno o dos ventiladores cumplían su deber silenciosa y casi inútilmente.

Allí estaba yo, haciendo la guardia de la tarde, desde mediodía hasta las seis, atendiendo al teléfono que de vez en cuando, desde la Casa de Socorro o de una Delegación de Policía, comunicaban la noticia de un accidente, que, por ser tan habituales, apenas daban trabajo.

El viejo caserón quemaba. Las paredes parecían fuego vivo. La botella de agua mineral que estaba a mi lado se ponía caliente en menos de media hora si no la bebía rápidamente, lo que hacía con delicia, porque aquel día de Nochebuena era realmente terrible.

En una esquina de la sala, con la cabeza apoyada sobre la mesa, dormía el ordenanza Napoleao Brasil. El cajón de mi mesa, estaba abierto, y dentro, el paquete con el regalo de Navidad que la administración del diario, pobre y de oposición, había distribuido por la mañana para cada uno de sus empleados: dos botellas de vino verde portugués, dos latas de sardinas, un pedazo de queso y una o dos cajas de guayaba.

Estaba intentando escribir a máquina un reportaje para el día siguiente, pero hacía tanto calor que cada golpe de tecla me requería un esfuerzo especial. Por ello, decidí imitar al ordenanza Napoleao Brasil. Me quité la camisa, forré la mesa con papel de pruebas y recliné la cabeza sobre la caliente madera, intentando dormir una breve siesta. No conseguí cerrar los ojos por mucho tiempo. De pronto, en medio de aquel calor en el que ni siquiera las moscas se atrevían a volar y también parecían dormir, sonó el teléfono.

Me preparé, lápiz en mano, con la cabeza apoyada sobre la máquina de escribir, a transcribir el recado que dejaría para el sustituto que vendría después de las seis. Pero del otro lado del hilo oí que la telefonista me decía que alguien del Hotel San Francisco quería hablar conmigo.

No tardé en pedir a la telefonista que me comunicara con la citada persona, y pude escuchar una voz, hablando en español, que me decía las siguientes palabras: "Le habla Juan Bosch."

Muchas veces, al correr de los años, reconstruí aquel fragmento de conversación, así, tan abrupto, totalmente inesperado: primero, la telefonista del Hotel San Francisco, un hotel de segunda categoría, a dos cuadras del puerto, de la plaza Mauá; luego, sin ninguna introducción, aquellas palabras, como si me hablase un conocido de hacía mucho tiempo: "Le habla Juan Bosch."

Sólo después me dio las "buenas tardes", y a mi pregunta de cómo y cuándo había llegado a Río, limitóse a responder muy rápidamente que acababa de desembarcar de un avión procedente de Buenos Aires, y que mi teléfono lo había conseguido de un amigo común, el poeta dominicano Manuel del Cabral, que en aquellos días vivía en Buenos Aires.

Pasados más de tres lustros de aquel día, oigo todavía la voz y siento la misma emoción. La voz que llegó a mí desde el otro lado del hilo, por donde esperaba que me llegasen noticias de una Casa de Socorro o de un escribano de alguna delegación de Meyer o de Copacabana, para decirme que alguna ambulancia salía a fin de auxiliar a un suicida, o cualquier otra cosa de este género.

Eran las tres o las cuatro de la tarde. Expliqué a Bosch, en mi español, que en aquella época era poco inteligible, que no podría salir hasta las seis. Al mismo tiempo, se despertaba dentro del periodista soñoliento de guardia que era yo en aquel momento el repórter alerta, y le pregunté si podría ir acompañado de un fotógrafo, lo que me

negó con delicadeza. Después de pedirle alguna noticia sobre Manuel del Cabral, combinamos que a las seis y media le visitaría en el hotel.

Inútil decir que las horas que me quedaban de mi guardia navideña pasaron lentamente. A cada instante aumentaba mi deseo de salir a la calle y tomar el tranvía "Mauá-Lapa", que paraba frente al diario, y que me dejaría a dos manzanas del Hotel San Francisco. Entre tanto, intenté preparar un cuestionario para la entrevista. Pero luego pensé que, ya que Bosch no aceptaba al fotógrafo, por razones que ignoraba, quizá fuera inútil también escribir las preguntas, que tal vez se quedarían sin respuesta.

Antes de las seis y media ya estaba yo en el hall del hotel, comunicándome con el cuarto que ocupaba Bosch. Me invitó a subir.

Llamé a la puerta y oí su voz pidiéndome que entrase.

El cuarto era grande y lleno de la fuerte luz de aquella tarde de verano. Quedé impresionado al verme ante aquel hombre. Nunca había visto su fotografía. En aquella época, los servicios fotográficos de los diarios acostumbraban a divulgar, en lo que se refiere a la República Dominicana, solamente las fotografías de Trujillo y familia. O de Porfirio Rubirosa, o de algún líder opositor asesinado por "desconocidos" en alguna ciudad de Sudamérica o del Caribe.

De traje blanco, cabellos completamente blancos, camisa azul clara, corbata del mismo color, zapatos negros, piel morena, el rostro quemado por el sol, en el que lucían llenos de bondad y de fuerza sus ojos azules, Bosch estaba allí, frente a mí, a decir verdad, como nunca me lo había imaginado.

Un hombre atractivo y apuesto, casi como un galán de cine. En aquel instante pensaba yo en el dirigente de arriesgadas expediciones, subiendo de noche a los barcos cargados de armas, y no en el escritor que venía como el más precioso regalo de Navidad, para permanecer conmigo doce horas escasas, lapso entre el avión que lo traía de Chile, vía Buenos Aires, y el que iba a tomar para ir a La Habana.

Cerré la puerta y Bosch se tumbó en la cama, sin ningún formalismo, pidiendo que me sentase en una de las butacas. La otra estaba llena de periódicos y libros. Lo primero que le pregunté fue qué pensaba hacer aquella noche. "Nada —me dijo—, cenaré en algún lugar, porque mañana temprano debo embarcar para Cuba."

Le pregunté entonces si no estaría dispuesto, en lugar de cenar en

un restaurante cualquiera, a pasar la Nochebuena en nuestro minúsculo apartamento de Copacabana. Como Bosch aceptase, le pedí permiso para comunicarme desde allí mismo con uno o dos amigos hispanoamericanos, que bien sabía yo que quedarían encantados de tener ocasión de conversar con él. Fue así como, de manera completamente improvisada, organizamos nuestra cena de Navidad, en la que tomaron parte, además de mi mujer, el profesor, escritor y ex ministro paraguayo Justo Pastor Benítez, otro exiliado, con más de veinte años de destierro en las espaldas, y el cónsul general de Panamá en Río de Janeiro, el poeta Homero Icaza Sánchez. Manuel Bandeira estaba, como todos los veranos, en Petrópolis. Del cuerpo diplomático latinoamericano acreditado en Brasil, Bosch me dijo que sólo desearía ver a su viejo compañero José R. Castro, el popular "Castrico", de la prensa habanera, con quien había compartido las duras penas del destierro durante más de diez años. A éste iría a visitarle antes de ir a nuestro apartamento. Tomó en seguida nota de la dirección y, algo turbado, me dijo que mi esposa debería disculparlo, porque acudiría a la cena en traje blanco: no poseía otro. También se daba cuenta de que su corbata era demasiado "informal".

Recuerdo este detalle, que entonces me pareció medio ridículo. Después de conocer a Bosch vi que, dentro de su sencillez, era un hombre que vestía siempre correctamente, hasta con elegancia; si bien con una elegancia que yo calificaría de entre pobre y discreta. Nunca le vi, ni en las horas de descanso en su casa, con aquellas camisas chillonas que llevaba Fidel Castro cuando le conocí en Méjico.

Como no podía menos, una de las primeras preguntas que le hice, intentando realizar una entrevista, fue sobre Trujillo. Bosch me respondió más o menos de la siguiente manera: "Acerca de Trujillo puede usted leer en cualquier diario, casi todos los días, o puede leer libros en favor o en contra. Mientras tanto, supongo que usted no sabe nada de la terrible miseria en que se apoya el trono de la dinastía Trujillo; la miseria del pueblo dominicano."

Fue entonces, en el Hotel San Francisco, en aquella víspera de Navidad de 1955, cuando por primera vez, de boca de Juan Bosch, oí la descripción de cómo vive y muere, lucha y sufre un pueblo que los "técnicos" de más tarde calificarían tan bárbaramente de *subdesarrollado*.

Esta fue la respuesta dada, no al periodista, sino la descripción hecha por un amigo a otro amigo sobre su propia familia, de la cual era el portavoz de la justicia y de la humanidad.

Nunca más, después de aquella víspera de Navidad, oí a nadie hablando de su pueblo como lo hizo Bosch sobre el suyo. *Y ni una palabra sobre Trujillo.*

Las horas pasaron. La tarde de verano se convirtió en noche. Tuve que tomar un taxi para trasladarme a Copacabana, cargado con mis regalos de Navidad. Mientras, Bosch se comunicaría con el embajador Castro. Habíamos acordado que volveríamos a vernos hacia las nueve y media o diez de la noche.

Felizmente, tenía un poco de dinero en casa. Compramos algunas botellas más de vino, bollos y jamón que, con el pavo que mi mujer había preparado la víspera, daría para una decente, aunque modesta, cena de Nochebuena.

En mi apartamento de un solo cuarto hacía aquella noche un calor tan bárbaro que tuvimos que dejar abierta la puerta que daba al corredor.

Tanto Benítez como Icasa Sánchez prefirieron abandonar temprano su Navidad familiar para acudir a la que todavía no sabíamos qué importancia literaria y política fuera de lo común iba a tener.

Cuando Bosch llegó, al aparecer frente a nuestra puerta abierta, lo primero que advertí fue que llevaba en la mano un paquetito y que se había cambiado de corbata. (Más tarde, José R. Castro me contaría riendo que Bosch le pidió prestada una corbata más "solemne", probablemente por creer que en nuestra casa se exigían formalidades de este género...) Pocos instantes después de sentarse se quitó no sólo la corbata, sino también la chaqueta.

La colocó con mucho cuidado en el respaldo de una silla y puso debajo el paquetito, que creo que para los demás pasó inadvertido. Por su forma me pareció que contenía libros.

Toda la primera parte de la conversación, esto es, hasta después de media noche, giró en torno de asuntos dominicanos. Tanto Benítez como Icaza eran buenos conocedores del asunto, y yo ya había comenzado a deletrear el abecedario caribe.

Antes de comenzar a hablar sobre sus planes políticos, Bosch nos pidió que nada se publicase de todo aquello, pues regresando para La Habana su situación sería muy peligrosa, en vista de que Trujillo y Batista vivían una de sus innumerables lunas de miel. Nos habló luego de su reciente libro, editado en Santiago de Chile y titulado *Cuba, la*

isla fascinante, en el que sometía la dictadura de Batista a un implacable análisis, llegando a expresar un punto de vista singular entre los demócratas antibatistas, al afirmar que el dictador no era cubano nato..., sino hijo de indios colombianos emigrados a Cuba. De aquí —aseguraba Bosch— su falta de comprensión acerca de la humildad y del estilo de vida democrático del pueblo cubano. Esta tesis, en verdad, nunca me ha sido confirmada más tarde.

Volvimos a hablar de asuntos dominicanos, y como ya habíamos bebido varias botellas (Bosch casi no bebía vino; por eso me acordé de la Nochebuena de 1955 cuando supe que mientras fue Presidente de la República los brindis oficiales se hacían austeramente icon leche de coco!) hice una propuesta, que los demás aceptaron mientras Bosch sonreía: todos los allí reunidos nos encontraríamos en la capital de la República Dominicana en ocasión de la transferencia del mando a Bosch como presidente.

Yo creía ciegamente en su estrella política, y era probablemente el único que tomaba totalmente en serio aquel “pacto”, que los demás aceptaron seguramente por amabilidad para con el anfitrión, aunque supongo que con bastante escepticismo. Pero ocho años más tarde, en febrero de 1963, estábamos reunidos en la capital dominicana como invitados personales del presidente constitucional electo. Sólo faltaba Justo Pastor Benítez, el más ruidoso, el más alegre, en aquella noche de 1955. Según nos contó Bosch, había muerto fulminado en Asunción, a donde le había llevado la nostalgia cuando se acercaba a los setenta años de edad.

Creo que pocas veces un puñado de gente había sentido al mismo tiempo tristeza y satisfacción tan grandes como la que nosotros recibimos aquel día de febrero de 1963, rememorando la Nochebuena de 1955, con su calor y con mi “profecía”, que se había convertido en realidad: una de las más evidentes realidades de la América Latina en aquellos instantes.

Pero regresemos a la Navidad de 1955. Levantándose del sofá de madera tosca donde estaba sentado, Bosch abrió el paquete y sacó algunos libros, diciendo: “Aquí tengo los únicos ejemplares de mis tres libros recién editados en Chile. Los tres tienen una dedicatoria para Stefan, pero mi deseo es que cada uno de ustedes los lean.” Eran ejemplares del *Judas Iscariote*, *el calumniado*, *La muchacha de la Guaira y Cuba*, *la isla fascinante*.

“Y ahora, para todos —siguió—, quiero ofrecer un presente, que quizá pueda mostrarles mi afecto. Estoy planeando escribir, en cuán-

to llegue a La Habana, si la policía de Batista no me prende, un cuento, que tal vez llame *Cuento de Navidad*. Quiero de una manera simple, humana, auténtica, sin inútiles cargas navideñas, contar para pequeños y grandes, para hombres de todas las partes del mundo y de todas las religiones, cristianos y paganos, la historia de Navidad que todos conocen. Pero repito: no quiero darle ningún brillo festivo, ni luces que cieguen. Voy a contarla más o menos así..." Y con la nuca sobre las manos, tumbado en el sofá, con los ojos puestos en el techo, contó la historia de Jesús, de los Reyes Magos, de María y José, de una manera como hasta ninguno de nosotros la había oído nunca. Ni en Panamá, ni en Rumania, ni en Paraguay; como ninguno de nosotros la había leído jamás en ningún libro.

Simple, chocante, humana. Ni poesía ni relato. Pero bajo una luz completamente nueva, la luz que solamente puedo evocar hoy como la de la Navidad de 1955.

Bosch debió de estar hablando durante una o dos horas. No pensé entonces que una cinta grabadora hubiera sido una excepcional posibilidad para captar sus palabras. Cuando calló, debían de ser más de las tres de la madrugada, tal vez la cuatro, los demás estábamos tan conmovidos, que ninguno consiguió articular una sola palabra.

Tres años más tarde, en diciembre de 1958, en Caracas, acompañé a Juan Bosch a la tipografía donde se imprimía la edición ilustrada del *Cuento* contado en mi casa. Me ofreció el primer ejemplar salido de las máquinas. Estaba caliente y el papel tenía un olor especial. Las palabras escritas en la primera página recuerdan que fue contado tres años antes. Pero algo faltaba. Para los que habíamos oído el libro, la bellísima obra quedaba un tanto incompleta, porque le faltaba la voz de Juan Bosch. Su bella, profunda y serena voz de poeta y de profeta.

Sólo entonces nos dimos cuenta de que la noche había pasado. El avión debía de salir a las seis de la mañana. En la esquina de la calle donde vivíamos entonces había una parada de taxis. Bajamos a la calle, desierta a aquella hora, formando un grupo extraño en la caliente madrugada carioca.

Como ya conocíamos el peligro que corría nuestro amigo al llegar al aeropuerto de La Habana, combinamos que después de haber pasado un día o dos, cuando tuviera seguridad de que la Policía no le incomodaría, Bosch enviaría un telegrama "oficial" al Consulado de Panamá en río de Janeiro confirmando que "el visado solicitado fue recibido". Caso de que el telegrama no llegase significaba que había

sido detenido. Entonces sería cosa de desencadenar una campaña de ámbito internacional, dado que las buenas relaciones existentes entre el dictador cubano y el dominicano podrían dar lugar a que Bosch fuese entregado a la Policía secreta de Trujillo. Después de dos o tres días de agitada espera e innúmeros contactos por intermedio de la Embajada de Honduras, el telegrama llegó.

Creo que no fue hasta comienzos de 1956 cuando Juan Bosch se sentó para escribir una de sus mejores obras: el cuento relatado en mi casa. En una Cuba dictatorial, un demócrata combatiente escribía lo que sólo el podía escribir sobre el Niño Jesús.

Los tres libros dejados en mi casa aquella noche, después que pasaron de mano en mano, fueron a parar a mis estantes. Ellos nos descubrieron, por primera vez, *el mundo desconocido de Juan Bosch*, que hasta entonces ni siquiera un *bibliómano* de obras "raras" como Manuel Bandeira, profesor de Literatura Hispanoamericana de la Universidad del Brasil, había conseguido coleccionar.

Fui el primero en comentarlos y divulgarlos.

Recuerdo que no me fue posible meter en un solo artículo todo lo que hablamos. Preferí recoger lo esencial en un trabajo que abarcaba casi media página del diario: una extraña mezcla de reportaje, crítica literaria y diario íntimo, acompañado de una fotografía de Bosch que el embajador de Honduras consiguió sacar no sé de dónde.

El artículo, en aquellos primeros días de 1956, fue comentado en Río de Janeiro de diversas maneras: mientras unos decían que yo estaba "bromeando" al anunciar que un cuentista sería el sucesor del "generalísimo", la representación de éste mandaba que se propagara entre el cuerpo diplomático de Río de Janeiro la especie de que Juan Bosch era un agente comunista; que el artículo escrito sobre él era obra de otro comunista y que la Embajada de Cuba protestaría por haber sido violado el derecho de asilo. Esto, naturalmente, no sucedió, porque el fallecido embajador Gabriel Landa era un hombre demasiado inteligente para cometer tamaña infantilidad.

Hasta la muerte de Trujillo, en 1961, esto es, durante cinco años, por paradójico que parezca, Río de Janeiro se transformó en el punto central de la campaña política de Juan Bosch contra Trujillo, por medio de artículos y entrevistas que se me concedían, o simplemente a través de los comentarios que yo hacía, basados en el material que incesantemente Bosch me enviaba de Caracas o de Costa Rica.

Así, en una Nochebuena, la vida escribió un cuento y comenzó un movimiento de opinión pública que culminaría con la ascensión de Bosch a la primera magistratura.

Son cosas que la vida escribe. Ningún libro puede inventarlas.

BOSCH, TRUJILLO Y YO (TAMBIEN UN POCO DE STALIN Y DE CASTRO)

Según prometí en el primer capítulo, no trataré aquí, a no ser que resulte absolutamente necesario, acerca de las actividades de Juan Bosch como político militante, aunque ésta sea la causa que lo tornó mundialmente famoso —o internacionalmente discutido.

Tengo tanto que contar sobre *mi amigo Juan Bosch*, que dejo la tarea de hablar sobre el líder político a aquellos que lo conocen menos que yo, o lo desconocen, o son sus adversarios.

Sólo en los Estados Unidos, donde estoy escribiendo este trabajo, creo que han salido hasta ahora casi una docena de libros sobre Bosch y la República Dominicana. Es el Juan Bosch de ellos. Mi Juan Bosch no se esfuma como sucede con algunos políticos, sino que queda, como quedan los grandes escritores: como Horacio Quiroga, Pedro Henríquez Ureña o Alfonso Reyes, pues en este nivel de cultura continental es donde debe ser colocado el escritor Juan Bosch.

Al correr de estas páginas, aunque muy superficialmente, aparecerán algunos aspectos que directa o indirectamente están ligados a la actividad política de Bosch, bien sean anteriores o posteriores a su ascensión al Poder como presidente constitucional.

Como ya dije, conquistó mi confianza de comentarista y observador de política latinoamericana desde el primer día que le hablé en Río de Janeiro. Poseía argumentos concretos, en los que cimenté mi confianza. De toda la oposición dominicana que conocí durante más de un lustro, Bosch era el más importante, con mucho, en lo que se refiere a personalidad, ya que no se podía hablar de ningún otro como líder de un movimiento de envergadura.

En medio de los generalitos y coronelotes que conocí —algunos de los cuales mal sabían hablar español— de los diplomáticos fracasados, de los contrabandistas y oportunistas de todos los colores e índoles que componían el arco iris del movimiento anti-Trujillo, Juan Bosch era la única estrella de primera magnitud.

Dinámico. Sabía pensar políticamente. Poseía una visión social de los problemas del continente, de su país y de su época. Con grandes sacrificios organizó el *Partido Revolucionario Dominicano*, que se podía encuadrar, en cierto modo, en la corriente de la izquierda socialista latinoamericana.

Sólo más tarde me di cuenta de que Bosch era *antes que nada* un escritor; esto es, *menos* político que Rómulo Betancourt y José Figueres, *menos* sociólogo que Haya de la Torre. Esto, naturalmente, tenía que perjudicar su carrera de jefe de un gran movimiento. Era como si Rómulo Gallegos hubiera sido, en Venezuela, figura central de *Acción Democrática*, su líder político “número uno”, puesto que correspondía a Rómulo Betancourt.

Nuestra primera conversación me convenció ideológicamente. No se trataba de simpatía a primera vista, sino de comprensión que se fortaleció con el transcurso del tiempo.

Lo que publiqué en 1956 lo repetí decenas de veces hasta su ascensión al Poder. Y la mayor parte de las cosas escritas desde entonces puedo afirmarlas también hoy.

Después de su fracaso en la presidencia y en las elecciones de 1966, Juan Bosch sigue siendo todavía el más grande dominicano del siglo.

En lo que se refiere a su posición ideológica, calificada, a veces falsa y estrechamente, de “izquierdizante”, no puedo olvidar lo que me dijo en la entrevista que me concedió en 1958, cinco años antes de su subida al Poder, cuando no precisaba *fingir* actitudes democráticas, pues era líder de una oposición aparentemente sin futuro. Quiero decir que si en 1958 hubiera tenido simpatías “izquierdizantes”, le hubiese sido muy fácil declararlas abiertamente, puesto que no se comprometía ni en el plano nacional ni en el ámbito internacional.

Lo que me dijo entonces y publiqué en la revista “Maquis” de Río de Janeiro, respondiendo sobre la posición del P.R.D. frente a los comunistas y al comunismo, no deja lugar a dudas, y desde entonces no lo ha desmentido, que yo sepa, por ninguna declaración o acción política contraria.

“Desde la fundación del P.R.D. —dijo— el partido comunista dominicano, que es un partido muy minoritario, comenzó un trabajo de perforación de nuestra organización para dominarla por dentro, después de intentar desacreditar a todos nuestros líderes. Pero este

trabajo tuvo pocos resultados prácticos, lo que se explica por la composición especial de las fuerzas sociales dominicanas, que, en definitiva, son una representación de las sociedades latifundarias de América Latina.”

Y más adelante, en la misma entrevista: “Encaramos con cierta ironía y piedad la lucha de los comunistas contra nuestra organización, pues nos parece el esfuerzo de un niño de dos años que intenta dirigir un avión, a *chorro*.” (Nota de 1966: Excelente la comparación, bajo el ángulo histórico, si pensamos que en las dos elecciones el P.R.D. tuvo la fuerza del “jet” aun cuando sus votos disminuyeron. Mientras tanto, una posible votación de *todos* los movimientos marxistas y comunistas juntos no daría ni siquiera la fuerza de un *niño de dos años* tirando de un avión de juguete.) “Ante nuestra actitud, los comunistas reaccionan con la explicable furia de aquel niño de dos años que no consiguió poner el avión en movimiento”, concluye Bosch.

Este texto, desde su publicación, quedó olvidado. Pero dentro de mi punto de vista, y para la posición que asumiré en este trabajo, se reviste de una importancia fundamental.

Y de importancia más fundamental se reviste este otro texto que, aunque publicado, debido a la escasa difusión del libro en que iba impreso, quedó prácticamente inédito. Trátase del prefacio de *Judas Iscariote el calumniado*, editado en Chile, en la minúscula *Editorial Prensa Latinoamericana*, en 1955; esto es, en una época en que la política mundial vivía todavía la fase estaliniana y el dictador soviético era el “guía genial”. Nadie osaba criticar su figura, sus acciones, no solamente dentro de los partidos comunistas, sino ni siquiera entre los simpatizantes, los compañeros de ruta, los filo o los cripto-comunistas; de aquella izquierda cobarde que compone la fina flor del pseudomarxismo latinoamericano.

Fue cuando Bosch escribió estas páginas, que año tras año ganaron valor más profundo en el escenario internacional, y aún hoy son tan actuales como en la fecha en que fueron escritas y publicadas. Al reproducirlas, nuestra intención es mostrar su coherencia constante y, sobre todo, su consciente actualidad y su carácter democrático.

Fue cuando Bosch escribió estas páginas, que año tras año ganaron valor más profundo en el escenario internacional, y aún hoy son tan actuales como en la fecha en que fueron escritas y publicadas. Al reproducirlas, nuestra intención es mostrar su coherencia constante y, sobre todo, su consciente actualidad y su carácter democrático.

No se podrá negar a su autor una dialéctica que, repetimos, fue, poco a poco, puesta en circulación después del informe secreto de Nikita Kruschev y la llamada desestalinización, sobre la cual bien podría ser este fragmento una profecía y un preludio.

Lo considero de importancia por dos razones:

1. Por sus implicaciones internacionales, después de la denuncia del mito de Stalin y de sus crímenes (Trotsky no ha sido rehabilitado aún, en 1967, y difícilmente podrá serlo dentro de los próximos cinco o diez años); y

2. Para subrayar la firme trayectoria democrática de Juan Bosch.

Aquí van sus palabras:

“Pero reduzcamos el asunto a un ejemplo más adecuado al problema expuesto en *Judas Iscariote el Calumniado*; más afín y no hipotético, sino cumplido y universalmente conocido: es el ejemplo que hallamos en la vida de León Trotsky.

Fuera de las fronteras rusas, toda persona de mediana ilustración que no sea comunista militante está enterada de que León Trotsky fue compañero de Lenin en las faenas revolucionarias que dieron el poder al partido comunista; que fue un factor importante en ese memorable cambio histórico; que acompañó a Vladimir Ilich Uliánov; que le ayudó; que se distinguió como organizador del ejército rojo. En la Rusia soviética, sin embargo, sólo los sobrevivientes de aquellos días lo saben, y éstos no se atreven a decirlo. Para las nuevas generaciones Trotsky no fue sino un traidor, enemigo de Lenin, cuya obra trató de obstaculizar siempre. Hasta las fotografías de la época, en las que Trotsky aparecía junto a Lenin, han sido retocadas y transformadas, y el puesto que ocupó Trotsky pasó a ser ocupado por Stalin. De imponerse en el mundo el concepto stalinista de la historia, en un siglo la humanidad quedaría convencida de que no hubo jamás un compañero de Lenin llamado Trotsky, puesto que aun en los menos importantes textos o cuadros todo se arregló de tal manera que Joseph Stalin apareciera como mano derecha y heredero directo de Lenin.

A despecho de que vivimos en un mundo cargado de comunicaciones, en un momento en que cualquier acto de relativa importancia se conoce en detalle y los actores históricos son vistos desde diversos ángulos; a despecho de que León Trotsky vivió lo bastante para defenderse y escribió explicando su conducta y la de sus enemigos; a

despecho de que su más encarnizado perseguidor no le sobrevivió ni veinte años y de que los acontecimientos en que se destacó ocurrieron hace menos de cuarenta, sucede que cientos de millones de hombres y mujeres dentro de Rusia, y varios millones que son fervorosos stalinistas fuera de Rusia, han hecho de Trotsky la encarnación del traidor a su doctrina, han tergiversado su papel en la revolución y lo presentan como el irreconciliable enemigo de Lenin, como aquel que trató en todo momento de impedir que el comunismo alcanzara el poder y lo mantuviera. Si los sucesores de Stalin en el mundo de la revolución rusa sostienen ese punto de vista, dentro de un siglo, suponiendo que el comunismo llegue a dominar en toda la Tierra, no habrá ser vivo capaz de imaginarse, siquiera, cuál fue la verdadera actuación de León Trotsky”.

Trujillo fue ejecutado el 31 de mayo de 1961; pero, por la diferencia de hora, en Río de Janeiro ya era el 1 de junio. Recuerdo perfectamente que ese día era viernes.

En “Tribuna da Imprensa” el viernes era día de doble trabajo. Por la mañana temprano se trabajaba para la tirada del día, porque el periódico era vespertino, y por la noche, para la edición del sábado, que se distribuía por la mañana. Por esta causa, mi trabajo de los viernes comenzaba antes de alborar, a las seis de la mañana, y duraba hasta mucho después de medianoche.

Aquel viernes, antes de entrar en la sala donde estaba mi mesa de trabajo, vi inusitada agitación y mucha gente mirándome de una manera diferente a como lo hacían de ordinario. Sentí que algo flotaba en el aire.

Cuando entré en la sala, algunos de mis compañeros batieron palmas, mientras el secretario del periódico, mi joven colega Luis García, sin poder disimular su agitación grito: “Parece que mataron a Trujillo.”

Esto era, por decirlo así, más que una bomba. Yo estaba esperando día tras día esa noticia desde hacía casi dos décadas; de la misma manera que estoy esperando desde 1960, al conectar la radio o la televisión, escuchar la noticia de un atentado contra Fidel Castro.

La primera cosa que hice, como era lógico, fue pasar una rápida mirada al noticiario que salía del teletipo.

La nota más destacada que encontré era el hecho de que “algo de trascendental importancia había sucedido en la capital de la República Dominicana”, mientras otra noticia hablaba sobre “un posible atentado contra Trujillo”.

Creo que eran casi las ocho de la noche. Se trataba, pues, de cerrar la edición, lo más tarde, a la una de la madrugada, para que saliese bien temprano a la calle con la noticia documentada y, si era posible, confirmada.

Intenté hablar por teléfono con la Embajada y Consulado dominicanos. Como era de esperar, nadie me atendió.

Me fue concedido aquella noche, en la misma redacción del diario, el banquete de gala al que tenía derecho: me trasladaron al gabinete de Carlos Lacerda, donde había silencio y solamente se oía el zumbido del aparato del aire acondicionado. Del *Bar de Darcy*, que funcionaba en el mismo edificio, me subieron un bistec con patatas fritas y una gran botella de agua mineral. Luis García me trajo personalmente la mejor máquina de escribir. Me entregó un montón de papeles y mandó cerrar la puerta con llave para que nadie me incomodara.

Estaba atónito, a pesar de que siempre había esperado esa comunicación. La falta total de cualquier noticia concreta me confundía. Después de estar pensando largo tiempo, decidí finalmente colocar la primera hoja en la máquina, escribiendo casi mecánicamente las siguientes palabras: “Las comunicaciones entre Ciudad Trujillo y el resto del globo están interrumpidas. Las telefonistas dominicanas que atienden las llamadas del mundo entero se limitan a responder que las líneas están sobrecargadas, pero, en realidad, algún acontecimiento de trascendental importancia ha ocurrido detrás de la Cortina de Sangre del Caribe.”

Nada sabía en concreto. Entre las noticias más recientes que salían del teletipo mencionaban vagamente un comunicado del Gobierno que decía que “el Benefactor de la Patria cayó víctima de un ataque traicionero”.

Preparé, pues, mi artículo, que salió bajo el título de *Trujillo, presidente del cementerio sin cruces*, con las deducciones lógicas que se podían sacar de lo poco concreto que se sabía, y esbozando las siguientes conclusiones procedentes de la *probabilidad* de la muerte del dictador:

1. "Después de Trujillo" podrá surgir en la República Dominicana un régimen de tipo castrista si hubiese ayuda de La Habana. (Hubo ayuda, mas falló. Desde la muerte de Trujillo, el castrismo siempre fue uno de los peligros más fuertes de la política dominicana).

2. Existe la posibilidad de un régimen "trujillista sin Trujillo", si Ramfis, el hijo del dictador, seguía siendo la principal figura en los cuarteles. (El "trujillismo sin Trujillo" al cual aludí el 31 de mayo de 1961 fue, de hecho, la fórmula adoptada por Joaquín Balaguer hasta el momento en que consiguió instalar un régimen capaz de garantizar elecciones).

3. Como tercera hipótesis, esto es, la más alejada *en aquel momento*, vaticinaba que "tendríamos todavía que encarar la posibilidad de un régimen democrático, fundado en los movimientos dirigidos por el P.R.D. de Juan Bosch y Angel Miolán", pero reconocía que esta posibilidad parecía ser la menos viable...

Y terminaba así. "Si la República Dominicana no cae en manos de los castristas (y *todavía* no cayó, nota de 1967), podrá esperarse para en breve un régimen de transición, aunque Balaguer y los familiares de Trujillo se mantuviesen en el poder durante algunas semanas."

Si resumimos hoy, en una perspectiva histórica, lo que vino *después de Trujillo*, tendremos el siguiente resultado:

a) Corto régimen post-Trujillo, cuyas figuras más importantes fueron Balaguer y Ramfis. Este último a petición de Balaguer, mandó a toda su familia, especialmente a los tíos *Petán y Negro*, que saliesen del país;

b) Breve temporada de Balaguer, y

c) Fórmula colegiada que organizó y garantizó las elecciones en que los dos candidatos principales fueron Juan Bosch y Viriato Fiallo.

Juan Bosch ganó, entregándosele el mando en febrero de 1963.

Me gustaría aclarar, para terminar este extenso capítulo de carác-

ter político, lo que yo sé del pensamiento político de Juan Bosch sobre Fidel Castro.

Antes de nada debo referirme aquí a sus palabras sobre Castro cuando éste aún luchaba en Sierra Maestra. Habiendo vivido largos años en Cuba, Bosch conocía los detalles y los bastidores de la política cubana.

Acerca de Fidel Castro, acostumbraba hablar sin tomarlo —políticamente— en serio; para él, según me dijo varias veces, Castro era un *loquito*, un *pandillero*. En lo que se refiere a su conexión a cierta línea política, si así se puede llamar, Bosch lo veía, debido a ciertos hechos y detalles que ya conocía, más cerca de Rolando Masferrer —el pintoresco, violento, casi legendario senador y periodista cubano— que de la ortodoxia algo visionaria de Eddy Chibas, de quien Castro, se decía más tarde, fue íntimo colaborador y fiel partidario.

Nunca escuché de Juan Bosch juicio alguno que tomase en serio el *humanismo* o el *castrismo*; los juicios y pronunciamientos que hizo después se basan, a mi parecer, en razones de política nacional e internacional. Ningún líder político puede huir a una definición de este tipo, particularmente en la región del Caribe.

Existen finalmente, en su obra *The Unfinished Experiment*, publicada en 1965 por la Editora Prager, de Nueva York, dos importantes exposiciones, que voy a traducir porque me parece que definen el pensamiento a que acabo de aludir:

“El país (República Dominicana) precisaba de una revolución para devolverlo al siglo XX. No de una revolución cubana al estilo de Fidel Castro, sino de una revolución cubana al estilo de Grau San Martín; de una revolución que nos permitiese avanzar en pocos meses hasta el punto que Venezuela alcanzó en 1945, cuando Betancourt subió al poder.”

Esto, en lo que se refiere a una posición ideológica, me parece bastante claro. Vamos a ver ahora otra definición de carácter personal en la misma obra:

“A principios de 1959 (*Nota*: cuando Castro estaba en todo su auge pregonando el *humanismo*) mi familia vivía en Cuba y yo estaba en Venezuela, donde me había refugiado en 1958. La familia me pedía que regresara a Cuba, pero yo había observado la revolución de Castro y no veía prueba alguna de que fuese una revolución democrática de la categoría que gran parte de las masas sudamericanas espe-

raba. En marzo, cuando la revolución no llevaba ni tres meses en el poder, dije a mi familia que no me esperase en Cuba y que viniera para Venezuela.”

Basado en estos documentos y detalles, el lector tiene oportunidad de juzgar objetivamente *por qué* durante quince años apoyé la línea política de Juan Bosch y *por qué* creí en él como dirigente de un movimiento democrático de masas desde cuando su nombre era “apenas” conocido como cuentista.

EL PROFETA DEL HOTEL TAMANACO

Con ocasión de la primera elección democrática, que tuvo lugar después de la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, fui enviado a Caracas por Carlos Lacerda, siempre atento al desarrollo de la política hispanoamericana.

Fue Lacerda —cuando el coronel Jacobo Arbenz Guzmán intentó comprar armas en Polonia, a fin de instalar en Guatemala un régimen de tipo “socialista”— el único comentarista de política internacional brasileño que escribió una larga y documentada serie de artículos; artículos que por su objetividad y visión podrían aplicarse casi perfectamente a la realidad cubana, después de la subida de Fidel Castro. Y fue Lacerda quien, después de la caída de Juan Domingo Perón, embarcó en un avión en Río de Janeiro, cuando todavía los aeropuertos de Buenos Aires estaban cerrados, a fin de averiguar *in loco* la infiltración peronista en Brasil, especialmente en los medios sindicales, así como también sobre la existencia del famoso plan de expansión del peronismo, a través del “Proyecto ABC”.

Llegué a la capital venezolana con algunas cartas de recomendación, escritas por el entonces embajador de Venezuela en Brasil, el recordado Mariano Picón-Salas. Me basaba también en las conexiones que iba a obtener por mediación de mi amistad con Ricardo Montilla, uno de los colaboradores de Rómulo Betancourt, que llegó a ser su ministro de Agricultura.

Yo sabía que allí se encontraba Juan Bosch, aunque no pensaba utilizar sus consejos en aquella oportunidad. Conocía las cualidades de político de Bosch; apreciaba su valor y su visión en la lucha antitrujillista, pero no pensaba que sus conocimientos políticos sobre otros países latinoamericanos fueran tan profundos y, sobre todo, tan exactos, a pesar de que sabía que, durante el gobierno del presidente Carlos Prío Socarrás, en Cuba, fue *speech writer* y una especie de eminencia gris.

Para los datos que precisaba reunir me bastaba ver y, sobre todo, oír, para lo cual contaba con los comentarios de mis amigos venezolanos.

La mañana de mi llegada era la del día de las elecciones. Como no podía menos de esperarse, todos los venezolanos acudieron a las urnas; unos, ayudando, y otros, siguiendo el proceso electoral.

Disponía así de toda la mañana libre. Sólo después de cerradas las urnas, según me aseguraba Ricardo Montilla, era posible establecer los primeros contactos y, especialmente, hablar con Rómulo Betancourt, que se reuniría con un grupo de colaboradores en la "Quinta Marítima".

Resolví dar algunas vueltas, visitar diversos barrios de la capital y verificar la marcha del pleito. La ciudad estaba tranquila. Canciones y *confettis*, músicas y marchas, le daban un aspecto casi carnavalesco. Nada de irregular, nada de anormal.

Así, pues, decidí comunicarme con la casa de Juan Bosch, ya que desde la víspera me habían informado de donde vivía. Su alegría fue tan grande, después de algunos años de separación, que me pidió que tomara un taxi inmediatamente para ir a buscarlo. Cuando llegué frente a su casa, estaba esperándome en el balcón; la villa estaba desierta, toda la familia, partidaria de Acción Democrática, había salido por la mañana temprano a votar. En el mismo taxi nos dirigimos al hotel Tamanaco, un lugar tranquilo a aquellas horas, a fin de recomenzar la conversación interrumpida en 1955 en Río de Janeiro.

En estas ocasiones yo siempre tengo un no-sé-qué de suerte "política" que me persigue a todas partes.

Poco después de sentarnos en una mesa de la terraza medio vacía se aproximó un señor, amigo de Bosch, diciendo que acababa de votar. Se sentó en nuestra mesa para tomar parte en nuestra conversación, y después que supo quién era yo y el motivo que me había llevado a Caracas, su amabilidad se transformó en cordialidad. Era Ramón Velázquez, uno de los mejores amigos y colaboradores de Rómulo Betancourt.

En medio de la conversación comenzamos a hablar sobre el resultado de las elecciones. Velázquez, político venezolano con "faro" y experiencia, explicó que, a pesar de la enorme popularidad de Betancourt y de A.D., los partidos de oposición, especialmente el C.O.P.E. I. de Rafael Caldera, habían conseguido gran número de votos, por lo

que habría que prestarse a una política de cooperación. Sonriendo, Bosch llamó al camarero y le pidió lápiz y papel. Después, mirando a Ramón Velázquez, dijo estas palabras que todavía recuerdo: “Oye, Ramoncito, la victoria de Rómulo es tan segura que Caldera no va a poder cambiar el resultado de la votación.” Después, con el lápiz que el camarero le trajo, comenzó a garrapatear, sobre una hoja de papel con el membrete de *Restaurante y Bar Tamanaco*, los nombres de los Estados donde Caldera y Jovito Villalba eran tenidos como “fuertes”. Seguidamente escribió los números de la votación, estableció un porcentaje y, antes de dar su opinión sobre estos resultados, hizo el siguiente comentario: “Es aquí, en Caracas, donde Rómulo corre peligro. La atracción personal de Larrazábal es muy grande y su campaña ha estado bien hecha. Pero en el resto del país la victoria está garantizada.”

Ramoncito examinó el papel medio desconfiado, pero no lo comentó. Probablemente estaría pensando que un cuentista no siempre puede contar votos.

Después de las seis de la tarde, hora en que se cierran las urnas, comenzaron a comunicar por la radio los primeros resultados, y más tarde, madrugada adentro, cada vez que comparaba el papelito que tenía conmigo, veía que Juan Bosch había calculado los resultados con tanta exactitud como si fuese una máquina calculadora con poderes de vidente.

Creo que fueron aquellas elecciones de 1958 —en las que Juan Bosch *confiaba*— las que cerraron el camino de la victoria de C.O.P. E.I. y de la agrupación de Villalba por muchos años.

FABULA SIN TIBURON Y SIN SARDINAS

En mis años de periodista militante tuve ocasión de vivir experiencias que creo que algún día valdrán la pena de ser contadas detalladamente. Quiero extraer aquí una parte muy reducida de ellas, directamente ligada a Juan Bosch y a otro intelectual del mismo grupo y de la misma formación.

Me refiero, para ser específico, a las entrevistas con los jefes de Estado de América Latina, y naturalmente, no a las entrevistas llamadas “colectivas”, tan impersonales, tan rutinarias, a las que, por lo que yo he visto, solamente el presidente John F. Kennedy supo dar un sabor especial.

Una entrevista “cara a cara”, exclusiva, como acostumbraba a

llamarse en el *argot* periodístico, con un presidente de la República es algo que pasa de lo meramente informativo; tiene un valor psicológico que supera el aspecto político. Y sólo así se consigue *hablar* y no servir de cinta grabadora o de máquina fotográfica.

No he tenido oportunidad de leer ningún libro en el que un repórter contase sus impresiones, sus experiencias, *su lado de la moneda*, hablando, escuchando, preguntando.

Sería, según dije, un libro más bien psicológico que de carácter político, pues lo que contienen de estrictamente político estas conversaciones sale publicado veinticuatro horas después, y el viento se lo llevó...

Intentaré establecer, muy sintéticamente, algunas categorías, entre las que podría incluir a los presidentes con quienes hablé de entrevistas *exclusivas* que ellos me concedieron. Y no por orgullo profesional, que, feliz o desgraciadamente, no lo tengo, aunque debo agregar, modestas y humildemente, que *ninguna* de las entrevistas a que me refiero fueron desmentidas, como frecuentemente sucede, ni siquiera "rectificadas". Lo que puede significar que fui un hombre correcto más que un buen repórter. Y si me veo precisado a decir esto, al fin de este capítulo se verá por qué.

Si me viese obligado a dividir mis entrevistas en varias categorías, las dividiría tal vez en tres o cuatro, por los siguientes criterios:

1. Los presidentes que reciben al entrevistador en corta visita, conversando durante unos diez o quince minutos como máximo. Seguidamente llaman al secretario privado, a quien entregan el cuestionario previamente preparado por el entrevistador, a veces, sin haberlo mirado siquiera. Después de esto, "mucho gusto", etc., y veinticuatro o cuarenta y ocho horas después, la respuesta, espléndidamente mecanografiada y rubricada en cada hoja, sea por el propio presidente, sea por el jefe de Prensa, dentro de un gran sobre y acompañada de una o dos fotos sacadas por el fotógrafo del palacio.

En esta categoría puedo incluir a los presidentes Arturo Frondizi, de Argentina; José Remón, de Panamá, y Manuel Urrutia Lleó, de Cuba. La entrevista con este último se realizó cuando era un presidente simbólico, nombrado por Fidel Castro, antes de la fuga de Batista. Nuestra entrevista fue realizada en el aeropuerto de Caracas. Asimismo, Urrutia, más desorientado que desconfiado, mandó pedir de alguna oficina una máquina de escribir. Un colega venezolano le redactó conmigo (menos de una página) y Urrutia lo releyó dos o tres

veces, enmendándolo casi en cada línea. Luego firmó el papel. Debido a esta curiosidad, lo guardé durante algún tiempo. Cuando publiqué *Cortina de Hierro sobre Cuba* me di cuenta de que el viento se lo había llevado...

2. En la segunda categoría sólo cabe uno: mi ex amigo Fidel Castro Ruz, entrevistado por mí en tres ocasiones, entre 1956, cuando apenas era un líder anónimo, y marzo de 1959, siendo el jefe de la revolución victoriosa. Fue cuando me di cuenta de que detrás de su *humanismo* los Osmany Cienfuegos, "Che" Guevara y Compañía, estaban preparando el comunismo.

Fidel Castro concede sus entrevistas como si hablara a una incalculable multitud. Usa una técnica que sirve más para las plazas que para salas de tamaño reducido. Mientras habla fabrica preguntas que él mismo responde, seguidas de otras preguntas que se contradicen o se complementan con las primeras. Todo esto bajo una densa nube de humo de puro habano que, si no está acostumbrado al humo, puede ofrecer al entrevistador el efecto de una *macumba* ideológica. No se puede negar el hecho de que, comparado con la mayoría de los estadistas latinoamericanos, Fidel Castro es un gran *show*. Pero digo esto sin haber tenido jamás ocasión de hablar con Juan Perón, otro "ideólogo" de uniforme...

Lo que para mí hizo a Castro más pintoresco fue la posibilidad de compararlo con sus colegas: "Che" Guevara era tan cauteloso en sus entrevistas, que cansaba escucharlo; Raúl Castro escondía bajo su arrogancia ciertos complejos físicos. Sólo Camilo Cienfuegos, el típico *compadre* cubano que "tenía ángel", era un buen conversador. Pero carecía de la fuerza de Fidel Castro.

3. La categoría que podría llamarse intermedia compone un grupo bastante grande, formando parte de ella conversadores a los que les gusta oír y hablar. Que se dejan entrevistar y entrevistan. Beben café y fuman. Andan de un sitio para otro, muestran libros y fotos y se dejan fotografiar en cualquier *pose*. En fin, gente simple, modesta, cordial, cortés, que reconocen, a fin de cuentas, que un presidente de República es un hombre como otro cualquiera y, además, corre el peligro en América Latina, de ser muy pronto depuesto, desterrado o fusilado.

Hay muchos que caben dentro de este grupo. Algunos, como Rómulo Betancourt, Miguel Ydígoras Fuentes y el coronel Peralta Azurdia (los nombres están colocados según *categorías humanas*, válidas *solamente* para el entrevistador, pues a cualquier otra persona

podrían parecerle artificiales o engañosas), hablan a filo, dejan que el entrevistador tome notas y ni siquiera piden que éstas sean mecanografiadas y entregadas a su Servicio de Prensa. Así, sale la entrevista tal como la oyó el entrevistador, y, a mi juicio, éste *siempre* oye bien, a no ser que esté dispuesto a tergiversarlo por razones que nada tienen que ver con la objetividad.

En esta misma categoría puedo incluir personas tan diferentes como los presidentes Ramón Villeda Morales y Carlos Castillo Armas, a pesar de que éstos tenían la costumbre de pedir, una vez redactada la entrevista, que fuera entregada al secretario de Prensa, a fin de que recibiese el *visto bueno* final. Esto ya se hace algo más difícil, pues entre lo que oyó el entrevistador y lo que sabe el jefe de Prensa hay casi siempre discrepancias. Asimismo, al fin, todo sale bien. Ninguno de los estadistas antes mencionados, ni siquiera Fidel Castro puede quejarse, creo, de mi rectitud profesional. Menciono esto para llegar a la última categoría.

4. En ésta yo incluiría las entrevistas que se dan de cualquier manera, esto es, basadas en la buena fe de los conversadores, y las que se conceden y se retiran en seguida, probablemente porque es difícil explicar la verdad cuando esta verdad debe ser disfrazada o presentada de una manera torcida.

Para ilustrar tal hecho, aquí cuento la siguiente historia, que no precisa de comentario:

Las entrevistas que Juan Bosch me concedió en todas las oportunidades, algunas bastante importantes, pueden ser divididas cronológicamente en tres etapas: la primera data de una época en que era todavía un líder poco conocido; la segunda del tiempo en que comenzaba la descomposición del trujillismo y la estrella de Bosch subía, afirmándose como político, y, finalmente, la tercera, de sus tiempos de candidato a la presidencia, jefe del P.R.D. y presidente constitucional.

Si estas etapas deben formar un grupo de ocho, diez, doce o catorce, no lo sé bien. Mis archivos, que gusto de cuidarlos con celo, siempre andan en lucha con la geografía. El caso es que Bosch jamás me hizo la menor enmienda, ni siquiera de una coma, en todo lo que me dijo. Solamente quiero destacar, como ejemplo, que algunas de estas entrevistas realizadas en Caracas tenían repercusión directa sobre la zona del Caribe, que nunca fue tranquila ni cómoda para políticos... ni periodistas.

Cierta vez, en Caracas, me enteré de que se encontraba allí el ex presidente guatemalteco, profesor Juan José Arévalo, de quien se decía que estaba preparándose muy discretamente para asumir el liderazgo del movimiento "arevalista", a fin de presentarse como candidato a la primera magistratura. Como Bosch estaba en Caracas, le pedí que me facilitase una entrevista con Arévalo.

Por razones que desconozco, Bosch no estaba en buenas relaciones personales, cuando menos entonces, con su viejo compañero. Pero como, para Bosch, servir a un amigo siempre fue lo más importante, me prometió que, dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, una persona pasaría a buscarme para ponerme en contacto con Arévalo.

Al día siguiente, alguien me llamó por teléfono, proponiéndome vernos en la calle tal, número tal, donde me presenté a la hora citada. Mi asombro fue grande cuando vi que el número indicado pertenecía a una tienda de loza... Entré, y allí me esperaba un señor, el dueño, que pronto reconocí como Cruz Alonso; debo decirlo, para hacerle justicia, uno de los más nobles, más serviciales y más cordiales cubanos. Me explicó que Arévalo no estaba muy dispuesto a hablar. Vivía casi retraído, pero asimismo, por no rehusar la petición de Cruz Alonso, que le había hablado de mí y de toda mi actividad —descrita probablemente por Bosch—, accedió a una entrevista, de la que participaría también el propio Cruz Alonso. Hallé la idea excelente.

Nos reunimos al día siguiente en el *hall* del hotel El Conde. No es difícil reconocer a Arévalo, caballero de dos metros de altura, un verdadero atleta. Estaba detrás de un diario que fingía leer, mientras miraba en dirección a la puerta. Me presenté a él, diciéndole que le había reconocido, y poco después vino Cruz Alonso. A petición de Arévalo, nos sentamos en uno de los rincones más discretos del *hall* casi vacío a aquella hora. Siguiendo mis apuntes previamente preparados, comencé con las preguntas. Pero luego vi dos detalles que no podían escapar a mi atención: mientras Cruz Alonso asistía a la conversación con una sonrisa de satisfacción, mi entrevistado parecía incomodarse más y más cada instante.

Probablemente creyó que se encontraba ante algún brasileño de Tribobó o Gogó da Ema, que nada sabía acerca de la política de Guatemala, lo que no era exactamente mi caso. El diálogo duró casi dos horas, mientras yo llenaba mi *block* de notas con las respuestas reservadas que me daba sobre Castro y el castrismo; el asesinato del jefe del Estado Mayor de Arévalo, coronel Arana; la

fuga de Arbenz, y otros tópicos que sólo puedo llamar *normales* para preguntar a un ex presidente de Guatemala.

Al final de la entrevista, y en presencia de Cruz Alonso, sucedió lo siguiente: Arévalo se levantó, puso sus dos manos sobre mis hombros y, mientras el amigo y el entrevistador lo miraban atónitos, dijo las siguientes palabras: “Mi amigo, soy un político archivado. Es mejor no publicar nada de lo que acabo de decir. Olvídese de esta entrevista.”

Sin poder creer en lo que había oído, se lo conté a Bosch. Este no se mostró sorprendido, pero se abstuvo de hacer el menor comentario y de responder a las preguntas que le formulé sobre su viejo amigo de Guatemala.

Un año más tarde, Arévalo anunciaba oficialmente su candidatura a la presidencia de la República, probando así que no estaba tan “archivado” como había dicho en Caracas.

Saqué el texto del cajón donde lo había guardado y, bajo el título *La entrevista que Juan José Arévalo no quiso que se publicara*, lo hice salir en más de veinte diarios de toda América Latina.

Hubo quien me dijo que el doctor Arévalo la leyó con bastante regocijo, lo que dudo. Si la comentó con alguien, no creo que fuera ni con Cruz Alonso ni con Juan Bosch —pues su posición personal en toda esta historia era bastante incómoda para un valiente, un reformador y un creador de ideas.

No agregaré que se trata de las dos caras de la misma moneda. Este capítulo también es una fábula, pero una fábula sin tiburón, sin sardinas... y sin moraleja.

EL SUEÑO DE TARZILANDIA

Del sinnúmero de restaurantes que al correr de los años he visto en todas las partes del mundo, el restaurante-jardín o, mejor dicho, restaurante-selva, situado en los alrededores de Caracas, es el que más vivamente quedó grabado en mi memoria.

Llámase, o se llamaba —porque no sé si hoy existe—, *Tarzilandia*, y su encanto no procedía precisamente del nombre, que recuerda al rey de las selvas que el cine tornó popular. Tarzilandia era un restaurante que tenía una de las más deliciosas cocinas que he conocido y,

al mismo tiempo, parque, jardín botánico y zoológico, pedazo de casa y de rancho.

Sus dueños de entonces eran suizos. Supieron dar al establecimiento una mezcla euro-latinoamericana, indígena y *rafiné*, que requiere gran conocimiento de organización, y sobre todo, de planeamiento y presentación.

Las mesas, escondidas entre la arboleda, estaban tan aisladas unas de otras, que parecían solitarias en aquel lugar. Todo lo que contenían, desde los cubiertos hasta la vajilla y cristalería, era original y simple, venezolana y criollamente sencillo, sin aquella sencillez sofisticada de las cosas danesas.

Alrededor de las mesas había grandes árboles y arbustos, donde cantaban los pájaros, que parecían llegados de encargo; papagayos y araras hablaban en las ramas, monos de diversos colores y de los más variados tamaños daban saltos de un lugar a otro, sin llegar hasta la mesa, pues estaban encadenados; pero con bastante libertad para no dar la impresión artificial de un zoo.

Se bebía bien en Tarzilandia y se comía aún mejor. Los vinos eran europeos, pero también los había chilenos. La cerveza, nacional, pero sin faltar la *Pilsen y Munchen*. Se preparaban platos para todos los paladares, de las *hallacas* al *pabellón nacional*, del *Schnitzel* al *Sauerkraut*, y a la hora del postre no se sabía que elegir si el delicioso *Apfelstrudel* o la natilla, de refinado sabor caribeño...

Fue a este restaurante al que me invitó Juan Bosch cuando nos vimos por primera vez en Caracas, después de nuestro encuentro en Río de Janeiro.

El lugar fue escogido por él con tanto cariño, con tanto cuidado, que jamás lo olvidaré. Desde entonces, cuando me invitan, se hace difícil ofrecerme algo de nuevo o de original, pues cada vez me viene a la mente y digo para mí: "Está bien, pero en Tarzilandia, donde almorcé con Bosch..."

Poco después de haber tomado el primer aperitivo percibí que Bosch, aunque no fuese un *habitué* del lugar, era conocido por los dueños del establecimiento. Y vi también que prestaba más atención a todo lo que nos rodeaba que a la comida y bebida, a pesar de que los dueños del local nos servían personalmente...

Entre plato y plato, Bosch miraba al cielo, contemplaba los árbo-

les, escuchaba a los pájaros, reía de los saltos de los monos, y cuando llegó el turno del café me dijo lo siguiente: “Debo hablar con Rómulo Betancourt para sugerirle que haga de este restaurante un punto de atracción turística, y a sus dueños, funcionarios bien remunerados del Estado: Caracas no necesita de *elefantes blancos* como el vacío hotel del Humboldt. Ninguna ciudad de nuestro continente debería privarse de poseer su Tarzilandia, tanto para sus habitantes como para los turistas que vinieren. De esta manera conocerán mejor nuestra tierra que a través de cualquier folleto de propaganda. Solamente el día en que todas las grandes ciudades de América Latina tuviesen sus Tarzilandias podrá decirse que existe turismo organizado, eficaz, completo. Lo que esta pareja de suizos ha hecho aquí es, a mi juicio, mucho más importante y más eficaz que toda la papelada de las oficinas de Turismo.”

Bosch tenía razón en lo que decía, y lo decía todo con tanto fervor, con tamaño entusiasmo, que en él ya no hablaba el estadista en potencia, sino el cuentista, el artista, que veía este restaurante no a través de una sigla turística o administrativa, sino por lo ojos mágicos de la belleza de un cuento de hadas.

Sólo quien con él almorzó en Tarzilandia y le oyó hablar así comprendería lo que durante su campaña electoral llegó a decir —probablemente con el mismo fervor y no con pasión electoral—: que en la República Dominicana cada apartamento o casa debería tener su propia heladera para mantener los alimentos frescos, de la misma manera que en las regiones frías cada casa tiene su estufa para producir calor durante el invierno.

De aquella preocupación humana acerca del bienestar del pueblo dominicano sus adversarios hicieron un chiste, llamándole “Presidente de Alaska”.

Sólo puede comprender este aspecto de la personalidad de Bosch quien se da cuenta de que en él se une lo que tiene de positivo y negativo el gran escritor, el artista profundamente humano y el dirigente político empeñado en dar al pueblo más pan y más tierra. Y también más belleza, más bienestar.

EL CAMINO DEL GABINETE A LA CALLE

Los días que precedieron a la toma de posesión de Bosch como presidente estaban repletos, como no podía ser menos, de rumores, agitaciones y de algunas señales que —para un observador imparcial— no dejaban de ser significativas.

La votación fue tan aplastante que el candidato conservador, el médico Viriato Fiallo —un ciudadano digno que vivió en el país durante el régimen trujillista sin aceptar ningún favor ni conceder el menor juego a la dictadura, siendo por ello preso varias veces—, fue vencido en las urnas. Bosch era, innegablemente, el gran victorioso. Hervían las pasiones políticas. Y no me refiero solamente a los rumores que flotaban en el aire sobre posibles golpes militares, ni a las campañas de cuchicheos en los salones y casas de las familias acomodadas, de las llamadas *tutumportes* —palabra mágica que Bosch inventó en uno de sus discursos para nombrar a los *todopoderosos* de hasta entonces.

Lo que era altamente significativo para un observador imparcial, dejando de lado la tensión todavía superficial y algo artificial de los cuarteles y los rumores perfumados de las damas y caballeros, era el intenso movimiento medio subterráneo castrista y comunista, que se hacía notar de muy diversas maneras: carteles “nacionalistas” de todos los colores y tamaños; volantes con discursos de Manuel Tavares Justo, que en aquellos días soñaba con ser una especie de Fidel Castro de la Quisqueya; emisiones de radio, en fin, todo lo que pudiera mover a las masas, aunque todavía no representaban un peligro directo e inminente.

Nadie era tan loco como para dar un golpe comunista contra Bosch, estando como estaban en minoría. Pero era una minoría dinámica y activa.

Mil comunistas militantes ayudaron al ejército rojo a instalar en Rumania un régimen soviético, y lo mismo había sucedido, con pequeña diferencia de cifras, en Hungría, en Checoslovaquia y en los demás países de los Balcanes. Y en Cuba, país vecino de la República Dominicana, ¿cuántos verdaderos comunistas, con carnet del partido, había antes que Castro se declarara viejo marxista-leninista?

Examinando atentamente todo lo que sucedía en las calles de la capital dominicana, me parecía oír todavía la voz del ex presidente Carlos Prío Socarrás, en 1959, en La Habana, guardado por agentes de Castro para su “seguridad” personal, al responderme que Cuba jamás caería en manos de comunistas por ser un país “genuinamente demócrata y... católico”.

Prío respondió a mis argumentos con una sonrisa medio desconfiada, como si tuviera enfrente a un maníaco. Hoy, seguramente, si recuerda todavía nuestra conversación, la enjuiciará de diferente manera.

En una charla que mantuve con Bosch veinticuatro horas antes de su toma de posesión, en un momento en que, por una increíble casualidad estábamos solos, le pregunté —pues él conocía mi posición anticomunista, mi trayectoria democrática y socialista— lo que pretendía hacer para frenar la campaña comunista que se había adueñado de las calles.

No hablé de ningún “golpe” comunista. Ni di a entender que Fidel Castro invadiría la República Dominicana, aunque no me faltaron ganas de decírselo. Emplacé simplemente un problema de táctica, pues sabía que Bosch era demócrata como yo.

Su respuesta la trasladé al papel aquel mismo día. Tan pronto como lo oí percibí que iba a tener serias implicaciones. *Textualmente fue la siguiente:* “Stefan, ya me conoces, y desde hace muchos años sabes de mi posición democrática. Pero hoy creo, y creo firmemente, que es preciso unir al pueblo dominicano bajo la bandera de la democracia. Por esta democracia estoy luchando. En su nombre gané estas elecciones. No haré, pues, ningún pronunciamiento anticomunista. No usaré lenguaje anticomunista, pero voy a hablar a favor de la democracia. Creo que hacer anticomunismo es ayudar a la propaganda comunista.”

Estas fueron las palabras de Juan Bosch en los días en que la *ralea* y no el *pueblo* (existe en todas partes del mundo una esencial diferencia entre el *pueblo* y la *ralea*; el pueblo sabe reaccionar, la *ralea* se deja conducir, dirigir, dominar) estaba en las calles de la capital dominicana a merced de violentas agitaciones comunistas, y los castristas hablaban abiertamente a favor de Fidel Castro en cualquier parte.

La posición de Bosch, digna de un “Ejército de Salvación”, en países como Dinamarca, Noruega, Suiza o, para mencionar uno latinoamericano, Costa Rica, era, hasta cierto punto, *comprensible* y *justificable*; era la elevada, la noble posición de un intelectual empeñado en convertir a su país oprimido en una nación unida.

Pero la República Dominicana —debido a los Trujillos— es un país donde el comunismo, y especialmente el comunismo de tipo castro-nacionalista, puede arraigar (y arraiga) con impresionante facilidad. Esto se vio, y yo lo oí de fuentes insospechables, durante los días de la “república” del coronel Caamaño Deñó, iprocomunista formado en la escuela de Trujillo!

Miré por la ventana del cuarto. Sabía que no estábamos en

Copenhague ni en Oslo, ni siquiera en San José de Costa Rica. No quise responder y cambié de conversación, no por estar convencido, sino por cortesía: el Presidente era mi anfitrión.

Cuando salí a la calle, donde un sol implacable caía de plano, recordé que cierta tarde en Caracas, cuando llegamos a hablar sobre la militancia *estalinista* de varios poetas latinoamericanos, y sobre todo, sobre la ciega obediencia de éstos frente a las directrices del partido, fueran cuales fueren, mencioné el nombre de Nicolás Guillén.

—¿Nicolás? — preguntó Bosch soltando una carcajada—. —¿Nicolás? ¡Es un viejo amigo mío! Es uno que sabe vivir bien, un gozador. Y dígame, Stefan, ¿cómo puede ser comunista un hombre que gusta de beber *Scotch* y sólo fuma cigarrillos *Camel*?

No caeré en el error de decir que las dos afirmaciones pertenezcan al mismo nivel. Pero, sin duda, eran el resultado de una misma manera de pensar, apreciándolas desde un punto de vista de camaradería; fácil, pues, para el buenísimo de Juan Bosch juzgar que todo el mundo es bueno, y de la bondad a la democracia —hay veces— sólo media un paso.

Al anotar sus palabras en mi cuaderno imaginé que, más tarde o más temprano, iban a ser una de las razones básicas de un conflicto ya latente entre la mayoría de los políticos (adversarios o partidarios) con la clase media, por reducida que ésta sea, y, particularmente, con el ejército. Si un anticomunismo ciego era condenable, una posición como ésta de “dejar que las cosas pasen” era peligrosa y explosiva.

Bosch me dijo aquello en febrero de 1963.

En septiembre del mismo año ya estaba depuesto. Nadie podrá convencerme, con ningún argumento, de que esta filosofía suya, democrática, de gabinete, no fue una de las razones del incalificable golpe que lo depuso.

LA FERIA DE LIBROS QUE JAMAS EXISTIO

La cultura contemporánea dominicana, notablemente rica en poetas y cuentistas, tiene entre sus más caracterizados representantes en la literatura mundial al cuentista Juan Bosch y al Poeta Manuel del Cabral.

Los dos son, después de varias décadas de actividad literaria,

expresiones de primera magnitud. Pero no se puede silenciar el hecho de que tanto Bosch como Cabral, grandes escritores, son menos conocidos universalmente que ciertos autores latinoamericanos de tercera y cuarta categoría, colocados por una llamada "política cultural" en un primer plano, en el que no podrán mantenerse durante mucho tiempo.

Estoy haciendo esta indicación para dejar bien claro mi punto de vista: el gran escritor dominicano Juan Bosch es también uno de los más notables escritores latinoamericanos, y como tal, debería tener un lugar bien definido en la literatura mundial. Pero, desgraciadamente, no lo han colocado todavía en él.

Por ello, no debe sorprender a nadie el hecho de que casi todas las reacciones de Bosch relacionadas directa o indirectamente con asuntos públicos reflejen el literato que hay en él, aunque el asunto esté apenas remotamente ligado a la literatura. Lo que queremos decir es que un escritor —y esto no constituye ningún "fenómeno"— tendrá fatalmente reacciones de escritor frente a todos los problemas, encarándolos *como escritor* así como un médico los encararía como médico y un arquitecto como arquitecto.

Uno de los más conmovedores ejemplos, que hablan por sí mismos, fue presenciado por mí en Santo Domingo, en 1963, en los días que precedieron a la ocupación por Bosch de la primera magistratura.

Estábamos reunidos, en el salón de la casa donde acababa de instalarse (no era de su propiedad) para no vivir en palacio, los entonces presidentes Ramón Villeda Morales, de Honduras; Francisco Orlich, de Costa Rica, y un número de invitados especiales, entre los que se encontraba el escritor y periodista venezolano Miguel Otero Silva y el dirigente aprista peruano Andrés Townsend Ecurra.

Era fácil imaginar que entre otros temas se hablase de cultura. De literatura y de pintura más específicamente.

Pocas horas antes de esta reunión yo había recorrido, a pie y en automóvil, varios barrios pobres de la capital dominicana, especie de barracones surgidos como hongos en las vecindades de los barrios residenciales. También me había paseado por las calles próximas al mercado central y visitado, en días anteriores, una o dos librerías de las que en la ciudad merecen tal nombre.

Estas visitas me dieron la clara visión de que, por muchos y

muchos años, el problema principal del país sería el de intentar dar al pueblo casa y comida no sólo para cumplir con un programa electoral, sino, sobre todas las cosas, para arrancarlo de las garras de la absoluta miseria en que vivía, y para que, de esta manera, pudieran cerrarse las puertas al comunismo.

A cierta altura de nuestra conversación llegó a hablarse en aquella reunión acerca de la *cultura para el pueblo*, y Juan Bosch anunció, ante una expectación que no era solamente protocolaria, que pensaba, para “ayudar al pueblo a conseguir un nivel más elevado de cultura”, organizar una feria permanente del libro, a fin de que la gente pudiera tener la oportunidad de llegar directamente a las fuentes de cultura. En esta feria, nos decía, se venderían los libros de todos los escritores dominicanos para que los vaya conociendo el pueblo, y hasta él mismo, presidente de la República, vendería en subasta o en rifa libros de sus compañeros, así como también cuadros y esculturas.

No cabe duda de que la idea era tan generosa como pintoresca. Mas como en aquella época casi toda la clase media y alta, capaces de adquirir tales objetos, eran poco favorables a Bosch, se hacía difícil imaginar que auspiciasen tal iniciativa. En cuanto al resto, los analfabetos de los barracones, no comprarían en modo alguno ni los cuentos de Bosch ni las poesías de Héctor Incháustegui Cabral, Antonio Fernández Spencer o Manuel del Cabral, por buenos pregoneros de sus mercaderías que fuesen... entre otras cosas, porque no sabían leer.

La idea fue acogida —lo recuerdo como si fuese ayer— en silencio. No hubo un solo comentario. Nadie pidió una información, un detalle. Dirigí mi vista al médico Villeda Morales, que tal vez estaría pensando en algún medicamento o inyección...

Cuando llegué al hotel, algunas horas más tarde, me encontré en el *hall* con el poeta Manuel del Cabral, que, con un peine de bolsillo, abría cuidadosamente las páginas de su reciente libro, *12 mudos de amor*.

A mi pregunta de por qué estaba haciendo aquella extraña operación, me contestó: “Quién sabe si en alguno de los ejemplares no habrá un “error perdido”. Hay que revisarlos todos cuidadosamente para que cualquier persona pueda comprender mis poesías.” A su lado había un paquete de libros que no habían sufrido todavía la operación del peine. Le deseé una buena noche y subí a mi cuarto.

En los barrios pobres la gente pasaba hambre. En algún apartamento burgués, agitadores castristas preparaban *para esta hambre* "slogans" y *cocktails Molotov*. Y en los cuarteles conspiraba el Ejército...

EN BUSCA DE UNA DOCTRINA

En 1958, cuando un viento democrático soplaba sobre muchos países hispanoamericanos, escribí un ensayo en el que intenté esbozar la síntesis del pensamiento político del continente. Al mismo tiempo deseaba trazar, en la medida que me fuera posible hacerlo, una línea general doctrinaria, característica del continente latinoamericano.

La presencia en Río de Janeiro de Mariano Picón-Salas como embajador de Venezuela, y una serie de charlas mantenidas con estadistas pensadores continentales, me alentaron a escribir *Un continente en busca de una doctrina*.

No tengo la intención de hacer aquí un resumen de aquellos ideales; pero creo que las cabezas de los hombres reproducidas, simbólicamente, en la portada del librito hablan por sí: José Figueres, Ramón Villeda Morales, Haya de la Torre, Rómulo Betancourt, Luis Muñoz Marín, Arturo Frondizi y Alberto Lleras Camargo. La fina flor de los que a lo largo de los años habían plasmado ideas políticas y doctrinas propias en América Latina: de la local *Liberación Nacional*, de Figueres, hasta las amplias corrientes del *Aprismo*, de Haya de la Torre, de cuya fuente, bien sea de una manera o de otra, todos se han inspirado un poco, y *Acción Democrática*, de Betancourt.

Debo repetirlo, puesto que me parece importante: el librito salió de Río de Janeiro a principios de 1959. Pero en él faltaron dos figuras: el entonces popularísimo Fidel Castro y el poco conocido Juan Bosch.

¿Y por qué estas omisiones? , podrá preguntar alguien. La respuesta está aquí, simple y sin rodeos: Castro hablaba en aquellos días de un *humanismo* que decía era importante para dar al pueblo "pan con libertad". Pero su fraseología no me inspira ninguna confianza, por dos razones:

1. Sabía que sus ideas eran "prestadas" por el profesor Rafael García Bárcena, fundador en La Habana de un minúsculo *Movimiento Nacional Revolucionario*, algo aprista, adaptado a ciertas realidades cubanas.

2. Durante mi visita a La Habana había visto que detrás de la fraseología oficial preparábase el comunismo. Fue por eso por lo que escribí entonces *Cortina de hierro sobre Cuba*.

Pero también faltaba Juan Bosch, líder del *Partido Revolucionario Dominicano* que, según yo sabía, tenía núcleos en Caracas, Miami, Nueva York y, tal vez, en alguna que otra ciudad latinoamericana.

En varias de nuestras conversaciones, así como también en las entrevistas periodísticas —publicadas mayormente en Río de Janeiro, a pesar de su importancia para la región del Caribe—, había insistido en pedir a Bosch que definiese o, por lo menos, que trazase en líneas generales una especie de programa político-ideológico para su partido. No solamente para conversar sobre él, sino porque, repito, estaba convencido de que después de la caída de Trujillo (muerto dos años después de la publicación de mi librito), el P.R.D. desempeñaría un importante papel en Santo Domingo.

Debo decir que en todas estas conversaciones, tanto las respuestas de Bosch como las de su entonces compañero y lugarteniente Angel Miolán, cuya fama era de “teórico izquierdista”, no me satisficieron y me parecieron vagas, sin posibilidad de aplicación a la realidad dominicana.

En aquellos días acostumbraba a venir frecuentemente a Río de Janeiro un “doctrinario” dominicano llamado Rafael Bonilla Aybar, viajando con pasaporte cubano que le fue concedido por orden directa de “Che” Guevara. En compañía de Bonilla —que más tarde se convertiría en portavoz de un “anticomunismo” macartista— andaban siempre unos individuos sospechosos, anunciando programas y usando un lenguaje “marxista”, del cual ellos mismos poco parecían comprender.

La realidad era, por tanto, que todos los demás, castristas, marxistas-leninistas, social-cristianos y hasta los neutrujillistas, poseían un programa que prometían aplicar después de la caída del dictador.

No se trataba, claro, de que Bosch imprimiese y distribuyese, oficial o clandestinamente, su programa. Pero me parecía importante que, además de su honradez y de su atracción personal, se presentase con algo original para ofrecer una cosa concreta al sufrido pueblo dominicano.

Hasta el regreso a su patria, nada hizo. Después de su regreso, Bosch comenzó, usando de "arma personal", con sus charlas diarias por radio, indiscutiblemente útiles, dirigiéndose especialmente al pueblo que no sabía leer ni escribir.

Recuerdo perfectamente que, después de su subida al Poder, cuando ideaba escribir un libro *político* sobre él, le dije que precisaría de una documentación de su pensamiento político-social. Bosch me respondió algo enfadado que su sobrina, que le servía de secretaria, debía de tener las minutas de sus discursos o las cintas magnetofónicas de sus oraciones radiofónicas. Pero no las encontraba.

Mientras tanto, en cada esquina de la capital se distribuían, en nombre de una "doctrina" o de otra, falsa o no, declaraciones de principios donde, punto tras punto, gente honrada o simples aventureros explicaban al pueblo dominicano cómo "reformularían" el país.

El hecho de que a Bosch le faltase este proyecto fue comprobado por la organización de una institución llamada C.E.D.S. (Centro de Estudios y Documentación Sociales, A.C.); una organización en toda regla, integrada por *experts* que transitaban con facilidad por muchos puntos de los Estados Unidos o de América Latina y cuya misión era realizar programas.

No me compete razonar por qué falló todo aquello. Pero sí sé que las *ideas* no pueden fabricarse por *técnicos* alquilados que jamás habían conocido ni manejado problemas dominicanos, tratando al país como a cualquier país "subdesarrollado" de Africa, de Asia, Oceanía o de la América Latina.

A mi juicio, trazar programas para redimir un pueblo, después de treinta años de tiranía, no era tarea para quien calculaba tales cosas en dólares. Las contadas veces que aún tuve oportunidad de hablar con Bosch sobre este tema, siempre insistía en la necesidad de un programa nacional, si no profundamente auténtico, cuando menos adaptado a las necesidades dominicanas.

La *doctrina* que faltó y, según creo, todavía falta al P.R.D. fue, entre otras cosas, uno de los puntos débiles del corto régimen constitucional de Juan Bosch.

El C.E.D.S., en vez de ser un arma de los intelectuales y técnicos dominicanos para combatir el atraso de su país, fue transformado en

un escritorio donde se preparó, queriendo o no, la caída de Bosch.

También es verdad que tanto Betancourt como Figueres y Haya de la Torre son, antes que nada, pensadores políticos, mientras que Bosch, sobre todas las cosas, es escritor.

Pero para un escritor-presidente no hubiera sido difícil, supongo, reunir a su alrededor un *brain trust* dominicano, de partidarios o solamente de técnicos, para elaborar el programa nacional que los técnicos de alquiler jamás conseguirían llevar a cabo.

PASEO CON SIMON BOLIVAR

Creo que no exageraría al afirmar que pocos han tenido la oportunidad de oír hablar tanto como yo acerca de Simón Bolívar, ni de mejores fuentes. Agregaría, además, a los mejores y más doctos profesores, bajo los más diversos aspectos y ángulos, que me permiten ahora la posibilidad de ver un Bolívar completo y complejo.

Entre los venezolanos son Mariano Picón-Salas, José Nucete Sardi y José Luis Salcedo-Bastardo quienes conocen más profundamente la vida y la obra del Libertador.

La obra del joven historiador Salcedo-Bastardo, a pesar de ser de publicación relativamente reciente, es un "clásico". Es él, creo, el más importante de la nueva generación de estudiosos venezolanos.

He escuchado a los tres hablar de Simón Bolívar en muchas ocasiones, y ninguno se expresó en los términos que se acostumbra para hablar de un difunto. Esta es una gran lección que aprendí oyendo a estos venezolanos, a los que debo añadir también a Ricardo Montilla, y, como representante del mundo de los colores —y también de las ideas—, a Tito Salas, el pintor "oficial" de Bolívar.

Imaginen ahora la gran distancia y las facetas diferentes entre este Bolívar y aquel que me fue presentado por Salvador de Madariaga, cuya voluminosa biografía del Libertador creo que fue y continuará siendo por mucho tiempo uno de los más discutidos libros de su género.

Cada vez que escuchaba a Madariaga hablar sobre Bolívar me parecía ver el reverso de la moneda, pues ningún hombre tiene solamente una cara, y menos aún los grandes, cuya multiplicidad llega a constituir uno de los más indescifrables secretos de la Historia...

Entre el Libertador de los venezolanos y el del escritor e historiador español (imagino, por ejemplo, a Rufino Blanco Fombona leyendo los volúmenes de Madariaga) hay un mundo. Y de este mundo de separación entre las dos visiones también he aprendido.

¿Y qué decir del Bolívar romántico, polémico, muchas veces contradictorio, que nos presentaba en sus monólogos cariocas Justo Pastor Benítez? No temo titularle de uno de los últimos verdaderos panamericanistas. Su voz se llenaba de emoción y sus ojos de lágrimas, cada vez que hablaba sobre la “Carta de Jamaica”. Se sabía de memoria largos fragmentos, y la consideraba como uno de los más bellos ejemplos de prosa latinoamericana criolla. Benítez decía siempre que esta Carta era la continuación, en cierto estilo, de los *Comentarios* del Inca Garcilaso, el primer *criollo genial*.

Podría también evocar el Bolívar declamador y “santo” de Benjamín Carrión, surgido en una noche en las calles de la capital mexicana. O aquel tan humanamente contradictorio de Germán Arciniegas. O el Bolívar de los himnos de Salomón de la Selva, que, también en una noche mexicana, nos dijo que el Libertador era el primer político y general que debería ser canonizado.

Recuerdo todavía la voz cargada de ira del político y periodista guatemalteco Clemente Marroquín Rojas —sin duda el mayor polemista de su tiempo en el Istmo— criticando la acción de Bolívar, al que consideraba “divisionista”, poniendo como ejemplo el Brasil. Pasando su mano callosa y morena sobre un imaginario mapa, Marroquín Rojas me hizo la siguiente pregunta: “Si Bolívar hubiese vivido en el Brasil, ¿cuántas repúblicas separadas existirían hoy en el colosal país unido?” Su voz era tan violenta, tan sonora, que se oía el eco en la callejuela quieta y estrecha de la capital guatemalteca donde se encuentra la redacción de su diario “La Hora”.

Podría describir por lo menos seis, siete u ocho Bolívares de los que oí hablar o me fueron presentados como ejemplo, bajo los más variados puntos de vista y para justificar las más diversas teorías. Pero ninguno posee tanto calor, tamaña fuerza como el Bolívar evocado una noche en Caracas, en un largo paseo a pie, por Juan Bosch.

Parábamos en el hotel El Conde, que está en un lugar aislado en cierta manera, a pesar de encontrarse en pleno centro de la ciudad, a pocos minutos de la ruidosa plaza El Silencio y del grande y frondoso jardín donde la estatua del Libertador se levanta como un símbolo, y frente a la cual nadie tiene derecho de pasar con la cabeza cubierta.

Después de cenar, mi mujer, Bosch, y yo dimos un paseo por las calles desiertas del centro comercial y administrativo de Caracas.

En el jardín del Libertador, otrora punto obligatorio de cita y tertulia, apenas estaban ocupados dos o tres bancos. Nos sentamos en uno libre, prosiguiendo la conversación iniciada en el restaurante.

A cierta altura, Bosch nos mostró la estatua, y dijo: “¿Saben ustedes que pretendo escribir un libro para la juventud, para adultos y niños de toda América? Pero no quiero editar un libro más de cuentos o de historias como los muchos que se han hecho. Quiero escribir un libro que pueda ser leído de la misma manera por madres y profesoras, deletreado por los que comienzan a aprender a leer o leído por aquellos que habrán de contarlo más tarde a los que no saben leer. En otras palabras, un libro que tenga el mismo valor y el mismo sentido desde Tierra de Fuego hasta Canadá. Sólo un libro como éste puede mostrar a los jóvenes un gran hombre, un aventurero, un poeta, un idealista, un político, un pensador, un hechicero, un luchador, un hombre que se lanza a las más difíciles empresas. Un símbolo. Un ejemplo. He pensado mucho quién podría ser este símbolo. Comparé a los grandes de las Américas: Lincoln, Washington, Bolívar, San Martín, Hidalgo, Miranda, Morazán. De manera general todos pueden ser colocados en un mismo nivel; pero, para mí, entre todos ellos, el más fuerte; el más profundo, cuya personalidad, unida a sus acciones, más puede enseñar a los jóvenes, me parece Simón Bolívar. Y digo esto sin la menor intención de quitar un milímetro de grandeza a los demás.

Pero yo pienso que este Bolívar que salió de Caracas, miren bien, de aquí cerquita de nosotros, y sus pasos resuenan todavía en esta noche, que es —históricamente— la noche en que vivimos. Venció y fue vencido. Entabló las luchas más increíbles. Libertó esclavos y escribió cartas como los más acabados escritores no podrían hacerlo quizá. Se refugió —cuando estaba completamente vencido— en una isla, y quedó allí casi solitario, esperando la ayuda que le sacara de dificultades. Yo pienso en este Bolívar, que para los venezolanos es una mezcla de mito y de santo, en el *símbolo humano* para todos los americanos.

Quiero, en otras palabras —prosiguió Bosch—, desmontar a Bolívar de su mito —del que no necesita por ser demasiado grande— para presentarlo como un hombre de carne y hueso. Como los niños y la juventud en general no gustan de mitos y sí de hombres, pienso darles un Bolívar de dimensión humana, como hasta ahora nadie ha escrito.

No pretendo, claro está, emplear para ello la técnica de los textos de escuela primaria o secundaria de este país, basados y preparados con buenas intenciones. Quiero mostrar el *hombre-Bolívar* a una generación de hombres nuevos, cuya misión es hacer de la América de Bolívar la tierra que él soñó, pero que no consiguió crear hasta el fin.

Me parece de máxima importancia —dijo apuntando al monumento, que se vía a la luz de una lámpara— introducir este Bolívar que está cabalgando en su estatua en los corazones de una juventud que vive de falsos héroes como los del cine y la televisión comercial, que acabará con la grandeza humana, inclinando a los jóvenes hacia un mundo de *robots y computers*. Hay demasiados falsos héroes en las telas, en periódicos, folletos y hasta en política para que alguien no intente presentar a la juventud de este continente a su verdadero héroe. Yo creo que el mayor de todos es Bolívar. Tan *héroe* para los grandes como para los pequeños”.

Después de esta presentación *in loco* nos levantamos y caminamos por las calles que conducían a la catedral. Bosch continuaba hablando sobre su plan. Quería presentar su libro en todos los idiomas del continente: español, inglés, portugués y francés.

“No se olviden de que existe un nexo mucho más estrecho de lo que comúnmente se sabe entre Bolívar y Haití”, subrayó, para explicar el motivo de que su trabajo también debiera editarse en francés.

Las calles de la ciudad estaban desiertas, y, por el embrujo de sus palabras, parecía que el Libertador se había apeado de su caballo para seguirnos a pie. El hombre moderno que siempre fue nos acompañaba a los tres en aquella noche. Para él no éramos tan desconocidos, pues uno de nosotros hablaba, por su voz, con palabras salidas directamente el alma.

No diré que todo aquello fue un hechizo. Pero estoy seguro de que poca gente, excepto los que se dedican a estudiar la vida y obra de Bolívar, lo hayan sentido tan de cerca, tan presente, tan contemporáneo como lo presentimos nosotros en aquella noche, cuando Bosch nos mostró su universalidad en las mismas calles por donde había andado forjando su ideal.

Pero lo que me parece paradójico es el hecho de que si Bolívar no fue para nosotros un fantasma, la obra, que por lo que yo sé ya fue escrita, quedó, tanto para mí como para los millones de niños y

jóvenes americanos, en un libro ignorado. Bosch me dijo en cierta ocasión que lo escribió en San José de Costa Rica y que iba a mandarme un ejemplar de la edición portorriqueña. Leí más tarde que había salido una edición en Caracas, pero, en verdad, nunca lo tuve entre mis manos ni hojeé este libro de cuyo nacimiento intelectual fui testigo.

De todos los libros de Juan Bosch, éste fue para mí, y continuará siendo, el libro-fantasma. Tal vez por ser de contenido demasiado humano.

COMO SE PREPARA UN CUENTO

A fines de 1962 salió, editado por Julio D. Postigo, organizador y animador de la "Librería Dominicana", un volumen bastante difícil de encontrar hoy en el mercado, como sucede con casi todos los libros de Bosch. Se titulaba *Cuentos escritos en el exilio*, y en él se reunían, además del largo *Cuento de Navidad*, otros que, en su mayoría, ya habían aparecido en revistas.

Pero lo que, a mi juicio, le da un valor especialísimo a esta obra es su introducción, que tiene por título *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*. Antes de ser impresa en el libro ya fue dictada en una serie de conferencias en la Universidad de Caracas, en 1958.

Por lo que sabemos, el texto de estas conferencias no fue reproducido hasta ahora en ningún libro, y de aquí procede su valor documental, pues se trata de un estudio minucioso y digno de ser comentado.

Que yo sepa, Bosch es el primer cuentista latinoamericano que se dedicó a estudiar el arte de *cómo* se hace un cuento. Hugo Lindo, el cuentista de El Salvador, es autor de una obra con el sabroso título *Aquí se cuentan cuentos*. En otras palabras: son sólo cuentos, *nada más que cuentos*, los que allí se *cuentan*. Pero a este libro le falta un prefacio donde se diga *cómo* se hacen estos cuentos. Y esto sí está en el de Bosch.

Contar es fácil. Al menos, algunas veces. Pero decir *cómo* se prepara, esto es, intentar ofrecer una "receta" o una definición crítica, no es sólo difícil, representa una tarea llena de latentes peligros. No encontré hasta ahora en toda la literatura hispanoamericana otro texto donde el cuentista diga *cómo* se deben "hacer los cuentos". Bosch lo consigue de una manera notable, y su texto puede considerarse único no sólo por su valor, sino por su contenido.

He tenido ocasión de utilizar estas páginas, muy condensadas, que no pasan de 26, en cursos de literatura hispanoamericana en Universidades de los Estados Unidos, y servirme, por decirlo así, del texto de Bosch como norma en lo que se refiere al cuento hispanoamericano en sus líneas maestras.

Bosch tiene, como todos, opiniones que pueden ser aceptadas o combatidas. Pero la técnica que indica para el cuento en general es tan sólida que conseguimos emplear el texto como pauta de trabajo.

El cuentista alemán Wolfgang Weyrauch recopiló, poco después de la segunda guerra mundial, una antología de cuentos bajo el título *1.000 Gramos*, sugiriendo que en *mil gramos* puede contenerse la píldora de un cuento. Pues bien: si en el corto texto introductorio de Weyrauch existen algunas ideas capaces de servir como punto de partida, en el ensayo de Bosch hay un sinnúmero de ideas fundamentales, de las cuales *se debe* partir, aunque no se esté de acuerdo con su técnica, llamada por algunos *criolla* y por otros *regionalista*.

En realidad, Bosch es universal aunque sea dominicano, y dominicano o de cualquier otro país por ser regionalista, esto es, venezolano, boliviano o dominicano, según el lugar donde sitúa la acción de sus cuentos.

Lo que me parece de extraordinario valor en esta mezcla de ensayo y trabajo crítico-informativo es el hecho de que las sugerencias de Bosch, incluso cuando poseen carácter crítico o informativo, son tan apasionantes que se leen con el mismo interés con que, generalmente, se leen los cuentos.

Los *Apuntes* no son, en la pura acepción de la palabra, un ensayo. Bosch no es ensayista puro, ni cuando escribe libros de carácter político, como su estudio sobre Trujillo, el más amplio y objetivo trabajo que se ha publicado hasta ahora sobre el dictador. La parte puramente polémica está ausente casi por completo en este trabajo, que encierra una extraña historia. Editado en Caracas, fue introducido en la República Dominicana durante los primeros días de la "destrujillización", y más tarde quemada por orden expresa de Ramfis Trujillo, al mismo tiempo que un grupo de líderes de la oposición eran fusilados en las mazmorras de la dictadura moribunda.

Pero volvamos a los *Apuntes*.

La característica de este corto trabajo es la pasión creadora con la

que fue escrito. Asimismo, consigue mantener un nivel documental tan elevado que, repito, su uso en las Universidades se recomienda por sí solo.

Solamente el día que existan otros textos de esta índole podrá comprenderse el valor del ensayo de Bosch, que se dedicó paciente-mente a investigar cómo se hace un cuento, por creer que no basta el don espontáneo del narrador si está ausente el criterio del analista.

Juan Bosch es tan fiel en estas páginas a su oficio de cuentista (su oficio básico), que tal vez sin darse cuenta escribió un trabajo teórico, de la misma manera que construyó Le Corbusier en las páginas de *Cuando las catedrales eran blancas*.

En la historia de la cultura latinoamericana, y específicamente en lo referente al cuento, tan notablemente representado en todo el continente, este texto se ganó un lugar destacado tanto por su valor crítico-informativo como por su pasión de *contar cómo se hace un cuento*.

Quien escuchó a Juan Bosch *contar sus cuentos*, esto es, viviéndolos y mimándolos, antes de sentarse para trasladarlos al papel, captará no sólo el valor documental, sino también su valor dramático. Este texto no ha tenido todavía la divulgación que merece.

De hoy en adelante las selecciones antológicas latinoamericanas, así como los libros de texto escolar, deberían contener como presentación del capítulo reservado al cuento estos *Apuntes* redactados en Caracas, en una época en que el escritor Juan Bosch era, más que nunca, devorado por el fuego interno de su oficio.

EL FANTASMA DE ROLANDO MASFERRER

Frecuentemente, los mejores libros de un escritor son aquellos que sueña o desea escribir; los planea, los proyecta, los acaricia, los cuenta, pero los deja también en algún lugar de la memoria (en la suya o en la de algún amigo), o escritos solamente con el dedo en el aire.

Conozco muchos escritores que afirman, según puede leerse en entrevistas, en revistas literarias, cuando se les hace tal tipo de preguntas, que el mejor libro "es aquel que jamás escribiré". Y conozco otros que se enamoran tanto de un libro imaginario que llegan a inventar y a encontrar un título, que lo anuncian entre

amigos, hasta el punto de creerlo publicado en revistas. Pero tal trabajo, que ni siquiera existe inédito, queda reducido al título, que muchas veces es esencial.

Son tan variados los temas de los libros de Juan Bosch que su multiplicidad sorprende a todos aquellos que no conocen al hombre de cerca, esto es, al hombre curioso, dinámico, siempre en busca de novedades, profundizando en problemas complejos hasta el punto de procurar lo más difícil. Este es el caso de una de sus más recientes publicaciones, *David – Biografía de un rey*, obra que, debido al hecho de haber sido publicada en los días de su permanencia en la Primera Magistratura e impreso en la República Dominicana, pasó prácticamente inadvertida en América Latina, hasta tal punto de que obras críticas y antologías aparecidas después de 1963 ni siquiera mencionan su título. (A fines de 1966 salió una traducción en los Estados Unidos).

Asimismo, Bosch escribió otras dos biografías: *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo* y *Hostos, el sembrador*; la primera, de uno de los más destructores y odiados personajes de nuestro tiempo; la segunda, de un apóstol que puede ser colocado al lado de Martí y de Sarmiento.

En lo que se refiere a cuentos, nos parece típico el detalle de que el cuentista por excelencia, el hombre dominicano, de la tierra seca, ardiente, de los *Indios*, de los puertos del Caribe, haya escrito también el *Cuento de Navidad*, de tema universal donde su arte llega hasta el punto de igualarse con Andersen, no tanto por el estilo cuanto por la finura, por la sensibilidad humana, por la comprensión del mundo que habitamos y del *más allá*; hecho que, aquellos que no conocen bien a Bosch, difícilmente pueden comprender.

Entre una conversación y otra, cuando hablábamos sobre libros, proyectos y sueños, Bosch mencionaba con frecuencia, y en diferentes períodos, dos obras: una que sería interesante que fuera escrita; otra que deseaba escribir, como uno de sus más caros sueños de escritor. Del primer libro no puedo decir que Bosch *intentara* firmemente escribirlo. No lo escribió ni hay señal de que lo haga nunca. El segundo está esbozado e incluso comenzado.

Hablando sobre el primero lo describía con gran fuerza, con mucho interés, pero con un interés frío, como el del médico que practica una autopsia o una operación. Este trabajo sería, si así pudiera decirse, la biografía de Rolando Masferrer, o, mejor dicho, un libro que tuviera a éste como figura central.

En realidad, creo que Bosch no lo escribirá; pero estoy seguro de que Ernest Hemingway, que tantos años vivió en La Habana, hubiese estudiado esta figura, se hubiera sentido fuertemente atraído por el personaje; uno de los más poderosos y extraños personajes del extraño mundo del Caribe. El ambiente del *Viejo y el mar* es poca cosa al lado del que rodea al “tiburón” Masferrer.

Nada diré de subjetivo sobre él. Pero, por amor a la verdad, debo mencionar que cubanos tan objetivos como Rafael García Bárcena, para citar apeñas un ejemplo, me dijeron que Masferrer es uno de los tipos más pintorescos y representativos de su tiempo en Cuba.

¿Un “héroe negativo”? Tal vez. Pero eso ¿qué importa? El mundo está lleno de “héroes negativos”. Rolando Masferrer, que llegó a desempeñar un papel de cierta celebridad en los días de la dictadura de Batista, cercado por su ejército particular —llamado por él o por sus enemigos “Tigres de Masferrer”—, hizo de todo en la vida: fue senador de la República y, como tal, uno de los mejores oradores; fue político y, por consiguiente, contrabandista; fue dueño de un periódico y, como periodista, uno de los que mejor escribía, en un país repleto de periodistas de primera calidad. Osciló, como tantos de su generación, entre el comunismo (luchó en España en las filas republicanas y fue herido) y el fascismo, acabando ligado a Batista; fue dueño de una emisora de radio en La Habana y, después, en Miami (puede que aún lo sea), llegando a ser uno de los más feroces locutores; sabía hablar de tal manera, que los oyentes le escuchaban entusiasmados, antes de saber a quién estaban oyendo. Protector del joven Fidel Castro, y después su mayor enemigo, Rolando Masferrer —según me dijo en una ocasión Juan Bosch— no llegó a la presidencia de Cuba porque tenía demasiada personalidad. Si hubiese alcanzado la primera magistratura, tal vez el castrismo tuviera hoy otro nombre.

Lo veo ahora frente a mí, tal como lo esbozó Juan Bosch. Y no sé si fue su amigo o enemigo, ni si convivió con él o no. Lo que a mí me interesa es el hecho de que me dijo que sería cautivador escribir la biografía de una época teniendo como figura central a un tipo humano como Rolando Masferrer, a quien Bosch me definió poco más o menos como un cruzamiento de Batista y Castro, con la cultura de Eddy Chibás y la simpatía de Carlos Prío Socarrás. No sé dónde se encuentra Rolando Masferrer. Tal vez nunca llegue a conocerlo. Pero cierta noche, pocos meses después de la subida de Castro al poder, andando por las calles desiertas del centro de La Habana Vieja, lugar que durante el día está siempre repleto de gente, me sucedió una cosa tan extraña que sólo puedo y debo atribuir a lo

que sobre Masferrer me contó Juan Bosch años antes, en Caracas o Río de Janeiro.

Había pasado la noche en el restaurante *La Bodeguita del Medio*, lugar famoso de cita, donde acudían bohemios y bebedores de ron, artistas, músicos, escritores y políticos famosos. Después de medianoche, salí de allí, dejando al grupo de mis amigos cubanos con los que estaba, a los que dije que debía preparar un trabajo, urgente para mi diario, que tenía que enviar a Río con un amigo que salía de viaje al día siguiente.

Pero esto era sólo un pretexto; lo que yo deseaba realmente era deambular sin rumbo por las calles. Pararme en aquellas plazas que durante el día estaban tan repletas de gente. Al salir, cerré la puerta del restaurante y miré cuidadosamente hacia ambas direcciones de la calle. Estaba completamente desierta. De pronto, la puerta produjo un ruido seco, como el chasquido de una bala al incrustarse en la madera; un ruido como tantos otros que oíamos frecuentemente: balas perdidas dentro de la noche, disparadas por soldados borrachos o gente alegre que festejaba a su manera la revolución victoriosa.

No. Nadie del restaurante me había seguido. Allí estaban todos. Y aquí estaba yo, solo, en la calle desierta. Comencé a caminar por la oscuridad, mirando hacia el cielo increíblemente azul, como sólo puede verse en una noche caribeña. Un cielo transparente, donde las estrellas parecen luminarias suspensas en lo alto, como para mostrar que el cielo está fabricado de una materia que no fue inventada todavía, pero que en realidad existe.

Fue entonces, al retirar la vista, cuando vi salir de la oscuridad de un portal a una persona que se dirigió hacia mí: era Rolando Masferrer. Dio dos o tres pasos para acercarse y me miró a la cara. Llevaba una mano en el bolsillo como si sujetase un revólver. Tocaba la cabeza con un sombrero de paja de anchas alas. Nunca lo había visto antes. Sólo lo conocía a través de los relatos de Juan Bosch. Tenía noticias de que debía de estar en Miami o en algún otro lugar, pero fuera de Cuba.

Unos instantes después pasó, por la calle desierta, en loca carrera, un automóvil con los faros apagados, desde el cual comenzaron a disparar hacia el lugar donde nos encontrábamos. Rolando Masferrer ya no se encontraba al alcance de mi vista. Fueron veinte o treinta tiros, como de ametralladora, y todo sucedió tan rápidamente, que ni siquiera tuve la posibilidad de tirarme al suelo. Apenas si puede

aproximarme al muro, tratando de ocultarme detrás de la puerta de madera.

Cuando nuevamente reinó el silencio de la noche, di unas vueltas en la oscuridad del corredor en que me hallaba, tratando de ver a Masferrer, para agradecerle su advertencia. Pero allí no había ningún Masferrer.

Ya no sabía si regresar al restaurante o seguir mi camino hacia el hotel Nacional, a lo largo del *Malecón*. Tenía miedo. Comencé a silbar, mientras caminaba apresuradamente.

Al día siguiente, indagué disimuladamente entre tres o cuatro amigos sobre el paradero de Masferrer, y si había alguna posibilidad de que estuviese en La Habana, o lo que le había ocurrido.

Todos me miraron desconfiados, como se mira a la persona que habla sin sentido. Masferrer estaba lejos. Uno o dos días antes —me dijo un amigo— alguien de La Habana había recibido una carta suya de los Estados Unidos, en la que le decía que iba a preparar un nuevo programa radiofónico.

Pero en aquella noche de marzo de 1959, estoy seguro, tan seguro como de que a las doce horas es mediodía, de que Rolando Masferrer se cruzó conmigo en una acera habanera y me dijo en las sombras de la noche: “ ¡Cuidado! ”.

(LA UPI, JUAN BOSCH, EL CURA HAITIANO, MASFERRER Y YO EN HAWAI)

No creí que este capítulo fuera a prolongarse más. A la mañana siguiente de redactarlo, lo retoqué para darle en lo posible apariencia de autenticidad (comprendía que más bien parecía un cuento fantástico). Luego decidí salir de casa —era festivo— con idea de comprar un diario para conocer detalles de un incendio que había destruido una casa a pocas manzanas del lugar donde vivo.

Por la noche, mientras corregía las páginas que había escrito sobre Rolando Masferrer, había oído el sonido de las motocicletas y los vehículos de radio-patrulla que subían disparados por la loma de la colina donde está situada mi casa.

Decenas de camiones del Cuerpo de Bomberos corrían, doblando las curvas de la carretera montañosa con un fuerte chirriar de ruedas,

que hizo que toda la vecindad saliese a la calle, a altas horas de la madrugada.

Como el incendio fue apagado bastante tarde, el diario no había podido publicar un reportaje detallado. Solamente leí una nota de ocho o diez líneas en primera página: daban la dirección de la casa y anunciaban más informes en la edición vespertina. Pero, en tercera página del mismo diario, compuesto en la víspera, esto es, en las mismas horas en que yo escribía acerca del Masferrer de Juan Bosch, encontré la siguiente noticia: “Exiliados cancelan invasión contra dictador de Haití.” Era un telegrama de la United Press fechado en Miami y que decía lo siguiente: “Un cura, exiliado haitiano, y un hombre-fuerte, exiliado cubano, planearon dirigir una fuerza invasora de 300 ó 400 hombres contra Haití, esta semana, para eliminar al presidente vitalicio del país, François (Papá Doc) Duvalier. Pero el plan ha fracasado. Los dos —el cura Jean Baptiste George y Rolando Masferrer— estaban dispuestos a abrir camino para usar la “república negra” como base de operaciones de los exiliados cubanos contra la Cuba comunista de Fidel Castro.”

Hoy, mediodía del 24 de noviembre de 1966, después del encuentro —en 1959— con Masferrer en La Habana Vieja, este otro encuentro en la isla del medio del Pacífico. ¡Bosch tiene razón!

Siento frío bajo el sol tropical, y experimento el mismo miedo que cobré, cuando después de encontrarnos en la calle nocturna, comencé a andar de prisa, silbando, por el *Malecón* habanero...

UN CONTINENTE ESPERA SU ANTOLOGIA

Otro libro del cual Bosch ha hablado conmigo frecuentemente está ya no sólo mentalmente esbozado, sino en parte redactado por el escritor y por sus andanzas en la vida.

Habiendo vivido desterrado durante más de dos décadas, sobre todo en Cuba, Bosch viajó mucho por América Latina, llegando a conocer casi todo el continente. Durante sus viajes, residió también en países como Guatemala, Chile, Venezuela, Costa Rica, Honduras, Puerto Rico, Haití, y su presencia en esos lugares se identificó de tal manera con el paisaje y la gente, que sus relatos hablados son verdaderos cuadros de ambiente local, llevando siempre el “sello” personal del escritor y del artista.

En la obra de Bosch hay cuentos de ambiente dominicano. Pero también los hay —con la misma fuerza descriptiva y humana— de

otros países, especialmente de algunos de los que acabamos de mencionar.

De estos viajes, fueran de carácter turístico o político, surgió la idea de escribir una colección de “cuentos latinoamericanos”, esto es, una colección de cuentos —más de veinte— cada uno de los cuales se desarrollara en una de las repúblicas del continente.

Existen hasta ahora, además de los cuentos de Quisqueya, piezas de ambiente boliviano, venezolano, haitiano, chileno, costarricense.

Con un arte especial, que es la característica de Bosch, crea en cada una de estas obras un mundo diferente; lo que para cualquier otro escritor sería una tarea muy arriesgada.

Traducido en otras palabras, sería más o menos como si Ernest Hemingway o John Steinbeck hubiesen escrito una colección de cuentos sobre cada una de las partes de los Estados Unidos, o Camilo José Cela una serie de cuentos europeos: franceses, españoles, alemanes, austríacos, suizos.

El proyecto es monumental. Esta es la palabra que se me ocurre para definir el plan de Bosch; y creo que, desde la muerte de Horacio Quiroga, nadie más indicado que él para hacerlo, pues es un cuentista nato.

Así como el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal habló en cierta ocasión acerca de una Unión Panamericana de Poetas, podría ser también realizada una O.E.A. del cuento; y esto podría hacerlo Juan Bosch, por ser él el único regionalista de carácter universal.

Se pueden estudiar, para analizar un poco esta idea, los nombres de algunos de los más notables cuentistas del continente.

Jorge Luis Borges, uno de los grandes, es demasiado universal para conseguir ser, por ejemplo, boliviano; del excelente grupo de cuentistas del Ecuador, tal vez sólo Demetrio Aguilera Malta tenga fuerza para llegar hasta cierto punto, pero dudamos de que el escritor rebase la costa del Pacífico. Mientras tanto, en Juan Bosch —nacido en la República Dominicana— encontramos uno de los mejores cuentos bolivianos, y de tal dramatismo, que ni siquiera uno de los mejores bolivianos, como Augusto Céspedes, consiguió escribirlo hasta ahora.

¿Y quién más? ¿El cubano Enrique Labrador Ruiz? Demasiado

cubano cuando es regional y muy artificial cuando intenta salirse de Cuba. Los mejicanos, en bloque, son mejicanos, mejicanísimos, desde Juan Rulfo hasta José Revueltas, mas cada uno en su estilo y a su especial manera. Y no sabemos bien por qué; porque Méjico es un mundo en sí (¿y qué país de Latinoamérica no lo es hasta cierto punto?) o porque después de la Revolución la literatura mejicana siguió caminos imposibles de ser seguidos o abiertos por otros. Pero, con todo, tengo la certeza de que Juan Bosch, que también vivió en Méjico, hará un excelente cuento mejicano, a su manera.

Extraño y significativo fenómeno éste, en un continente que es actualmente un vivero de cuentistas y de poetas y donde los novelistas apenas comienzan ahora a ganar fama mundial; fenómeno, digo, significativo y extraño solamente para quien no conoce la fuerza narrativa de este escritor.

A mi juicio, preparar este trabajo constituye, después de sus muchas experiencias en la política, la tarea principal de Bosch. Está escrito el libro sobre Trujillo, y ya situado en perspectiva histórica. El relato sobre los acontecimientos que desembocaron en su separación de la presidencia está igualmente publicado y discutido. Para memorias políticas propiamente dichas, aún es pronto, pues no es tiempo para una visión objetiva, ni hay ambiente ni, lo que me parece muy importante, tampoco perspectiva. En cambio, por lo que sé de Bosch, no le sería difícil componer otro libro de cuentos sacándose de la cabeza impresiones viejas y nuevas.

Un libro de cuentos no siempre se escribe: también se compone. Por eso creo que la antología de cuentos latinoamericanos, proyecto, repito, en vías de elaboración durante las dos ultimas décadas, debe constituir la preocupación fundamental del hombre que tiene a su país en el corazón, y a todos los países del continente en el alma y en el cerebro.

SANZ LAJARA, EL DECENTE

Tuve un amigo llamado Sanz Lajara, que fue uno de los más notables escritores de la nueva literatura dominicana. Era embajador de Trujillo en Brasil en los días en que nos conocimos en circunstancias bastante pintorescas, y como residía en Río hacía más de dos años, conocía mi campaña contra el dictador dominicano y, en general, contra todos los dictadores criollos.

Mi posición ideológica, especialmente frente a las dictaduras

latinoamericanas, no era entonces secreto para nadie, como tampoco lo es hoy.

Sabía vagamente que Sanz Lajara escribía; pero ¿cuántos diplomáticos latinoamericanos no lo hacen como simple pasatiempo?

En su calidad de diplomático, nos separaba un mundo; como escritor, no lo conocía.

Hasta que una tarde atendí una invitación del pintor Oswaldo Guayasamín, ese increíble y pintoresco ecuatoriano al que llamé cierta vez, y creo que con acierto, “un torrente que pinta”.

Guayasamín organizó una exposición, que tuvo un éxito excepcional. Después de la muestra, permaneció en Río y fue invitado por el entonces embajador de Marcos Pérez Jiménez, Leonardo Altuve Carrillo, para pintar, en algún lugar carioca, un mural con motivos de la vida de Simón Bolívar.

El pintor, que se decía *trotskista* y *anarquista*, era, antes que nada, una extraordinaria fuerza plástica, y aceptó el encargo. Antes de comenzar a efectuarlo, Pérez Jiménez fue derribado del poder.

Por razones que llamaré “tácticas”, el embajador venezolano desapareció de Río como por encanto, dejando a su “huésped” viviendo en la enorme “Casa das Pedras”, en el barrio de Gavea Pequena, en medio de un jardín que era, en realidad, una prolongación de la montaña.

Allí, Guayasamín, que no solamente sabe pintar, sino también vivir y “promover” su pintura (la ruptura de relaciones diplomáticas entre el Ecuador y Cuba se originó en una solemnidad realizada en la sede de la Embajada ecuatoriana en La Habana, cuando el representante diplomático hizo entrega a Castro de su retrato, pintado por Guayasamín), estableció una verdadera república de artistas.

Pintaba furiosamente, tomando sus *jaibolitos*, y recibía amigos y periodistas; hacía retratos de millonarios y millonarias de la alta sociedad carioca, ricamente remunerados. Y como una revista carioca me encargó que preparara un reportaje sobre él (Guayasamín no es solamente potencial *asunto* de reportajes por causa de su actividad en las artes plásticas, es también tema para un libro, debido a su agitada existencia), allí estaba yo una tarde tempestuosa, a la orilla de la piscina, bajo un enorme guardasol. Se me aproximó un joven de fino

bigote rubio, casi pobremente vestido, saludándome con las siguientes palabras: “¿Stefan Baciú? ¡Cuánto gusto, mi cordial enemigo!”.

Era José Mariano Sanz Lajara, el embajador de Trujillo. Yo le expliqué que no era —ni podía ser— su amigo ni su enemigo, “cordial” o no, puesto que no le conocía. Era, sí, adversario y enemigo de Trujillo, a quien él representaba.

La pronta intervención de Guayasamín hizo que nuestra discusión siguiese un camino más ameno; pero de esta primera conversación quedó —paradójicamente— una amistad que significó para mí uno de los preciosos y raros regalos con que la vida me ha obsequiado.

Diplomático de carrera, padre de cuatro hijos, estaba como otros, preso en la red de una administración que, dirigida por un rufián —Trujillo—, dábale el pan de cada día.

Para mí, él, antes que diplomático, iba a ser, sobre todo, el cuentista que descubrí en seguida. Uno de los mejores cuentistas de la nueva generación hispanoamericana, cuyo libro *O Cadeado* organicé, y para el que redacté el prefacio de una limitada edición brasileña, salida bajos los auspicios de la “Peña Diplomática Rui Barbosa”, de la cual él fue, junto con el polifacético Rafael Barraza Monterrosa, animador y fundador...

Antes de nada, me hice amigo de Sanz Lajara, por haber descubierto en él al gran novelista, autor de un libro que, por ser diplomático de Trujillo, estaba escribiendo a escondidas. Allí retrataba la realidad dominicana bajo la tiranía de Trujillo y trazaba también el perfil y la carrera del dictador.

Mientras escribía los capítulos en Río, entregábame el texto, que yo guardaba en la caja fuerte de un Banco. No cometeré ningún error al asegurar que nuestra amistad originó, además de su alejamiento cada vez más visible de las normas trazadas por la Cancillería de Trujillo, el comienzo del fin de su carrera. Otros colegas que representaban en Río de Janeiro a las dictaduras criollas denunciaron al Servicio Secreto de Trujillo su amistad con el *comunista* Stefan Baciú, y una noticia más o menos de esta índole se publicó en una de las más leídas columnas sociales de Río.

Poco después fue transferido a Buenos Aires, donde enfermó y tuvo que ser inmediatamente operado; después le llamaron a Santo

Domingo. En castigo fue designado a ejercer un cargo subalterno, mezcla de escribiente y *office boy*.

Sabiendo que su enfermedad era mortal, concentró todas sus fuerzas en la redacción de la novela *Los rompidos*, cuyo primer ejemplar, con la solapa redactada por mí, me llegó a Hawai, enviado por su viuda, poco después de su muerte.

Juan Bosch conocía su obra y sabía además de la tragedia moral y física de los últimos años de su vida. Sabía que se trataba de un ex embajador de Trujillo, pero sabía también, y de las mejores fuentes, que este hombre jamás había cometido una indignidad, una bajeza, una cosa capaz de crearle enemigos.

Durante las conversaciones que mantuvimos en Caracas, en 1958 y 1960, acerca de la nueva literatura dominicana, Bosch mencionó favorablemente los trabajos de Sanz Lajara. Apreciábalo, sin conocerlo personalmente. Pero nunca se deshizo en elogios que me hicieran creer que asistiría al final de lo que relataré.

Al llegar a Santo Domingo, en 1963, uno de los primeros amigos que visité fue Sanz Lajara. Estaba herido de muerte, aunque mostrase un gran optimismo.

Con la barba crecida (“los niños me gritan en la calle: ¡Fidel! ”, decíame sonriendo), apoyábase en un bastón y respiraba con dificultad. De cuando en cuando sacaba del bolsillo una caja de pildoras, con las que se aliviaba.

Este encuentro con el hombre sano y alegre, fuerte y dinámico de otros tiempos, apenas pasados tres años, fue uno de los más dramáticos choques que sufrí.

“Pasito” Sanz sabía que estaba vencido. Pero lo disimulaba, cuando menos hablando conmigo.

Me acompañó de restaurante en restaurante, de fonda en fonda, de librería en librería, y la única cosa que me pidió, “en nombre de nuestra amistad”, fue que obtuviese un autógrafo de Juan Bosch en el libro *Cuentos escritos en el exilio*, pues él no quería incomodarlo. Con el ejemplar aún “fresco” bajo el brazo, fui a casa de Bosch, y cuando me recibió, le recordé nuestras conversaciones sobre la literatura de Santo Domingo, viniendo así a mencionarse el nombre de Sanz Lajara.

“He sabido que está enfermo”, dijo Bosch. Cuando le pedí el autógrafo, se sentó en una butaca y, sin titubear un instante, escribió estas palabras que no se me han olvidado: “A Sanz Lajara. Por amigo. Por cuentista. Por decente. Juan Bosch.”.

Uno de los primeros actos del ministro del Exterior del Gabinete Bosch, García Godoy (presidente provisional de la República después del levantamiento del coronel Caamaño Deñó), fue nombrar, a petición expresa del presidente, al escritor Mariano Sanz Lajara agregado cultural de la Embajada en Madrid.

Juan Bosch, con su profunda humanidad, hizo justicia.

No sabía, no podía saber, que estaba nombrando para aquel cargo a un moribundo: dos meses después Sanz Lajara moría en Madrid.

Cuentista. Amigo. Decente...

Juan Bosch *dixit*.

EL HOMBRE SOLO

Exilio es soledad.

Soledad en casa, soledad en la calle, soledad entre amigos y, frecuentemente, soledad en familia. Sobre todo, soledad en medio de la gente. Empleen esta noción como mejor entiendan. Yo soy “técnico” en este aspecto, pues llevo conmigo veinte años de exilio. Algunos trágicos, otros fértiles, pero ninguno, absolutamente ninguno, totalmente feliz, alegre, bien vivido, y estoy seguro que si por un milagro imposible (hay también milagros posibles) regresara mañana a mi país de origen, Rumania, me sentiría exiliado y solo.

Más de veinte años de exilio convirtieron a Juan Bosch en un gran solitario, y dentro de esa soledad —como amigos—, nos aproximamos aún más con nuestros prolongados silencios, con los que, a veces, nos entendíamos mejor que con cualquier conversación de largas horas. Muchas veces examiné atentamente las fotografías que tengo de él, sacadas en diversos lugares y en varias épocas de nuestras vidas:

Aquella primera tomada en Río la víspera de Navidad de 1955, en la que Bosch aparece con los ojos casi cerrados, más viéndolo todo, mirando hacia otra Navidad que habría de surgir en un cuento.

Dos o tres de 1958 y 1960, hechas en Caracas, tanto en las

terrazas de restaurantes como en playas solitarias, al lado de Carmen y de este exiliado que soy yo. En todas ellas, Bosch tiene la mirada tan lejana, que se puede decir sin exagerar que la fotografía muestra a un habitante de otro mundo buscando una nueva estrella.

O aquella fotografía sacada en medio de todo el barullo de la redacción de *El Nacional*, de Caracas, entre una charla con el gordo "Recadero" Pacheco-Soublette y otra con el poeta Juan Liscano. Estábamos charlando en uno de los más agitados ambientes. Con las manos cruzadas sobre el pecho, Bosch miraba mucho más allá de lo que permitían las paredes de piedra y cal del edificio del diario de Caracas.

Así lo vi también, solitario, frente a la masa humana, el día que le transmitieron la presidencia en la capital de su país.

Un sol inclemente caía sobre nuestras cabezas. Las filas de sillas donde se sentaban los invitados de honor estaban en desorden; algunas habían sido cambiadas de sitio, buscando un poco de sombra. Muchas personas se defendían del calor abanicándose con los programas e invitaciones para el acto, y el puñado de oficiales del ejército, allí presente —que conseguí contar, hecho muy significativo—, parecía ausente de todo lo que le rodeaba, de la realidad del hecho de que comenzaba, o debía comenzar, una nueva era.

Gente de todas partes de América Latina y del mundo se había reunido allí. El punto de atracción era Juan Bosch. Y mientras a mi lado un niño de dos o tres años, vencido por la sed y el calor, pedía a gritos un vaso de agua, y cuando uno de los oradores ocupaba su turno, miré al rostro de Bosch, sentado a menos de cincuenta metros enfrente de mí: hacía ocho años que nos conocíamos.

Allí estaba él ahora, en la cumbre de su gloria, en la cumbre de la gloria que cualquier hombre puede alcanzar. Presidente electo de la más joven democracia latinoamericana. Pero era un hombre solitario, con la mirada perdida en la lejanía, tal vez sin mirar a ningún lado. Un exiliado que había regresado; nada más.

Nuestros ojos no se encontraron. Millares de miradas estaban clavadas en él: de diplomáticos y periodistas, de gente del pueblo y de curiosos; pero los ojos de Juan Bosch no veían, no podían ver nada de aquello, pues de hecho, aunque estaba allí, su espíritu estaba lejos, ajeno a todo.

En el momento en que debía comenzar su discurso de toma de

posesión, lo miré fijamente. Vaciló, pero todo fue cuestión de instantes: la pausa de la transición para regresar de su soledad.

En seguida comenzó a pronunciar las palabras que había preparado. Hablaba el presidente electo. Pero el hombre de siempre, el verdadero Juan Bosch, estaba en algún otro lugar al que nadie sabe cómo se llega ni de qué manera se regresa y del que tal vez él no haya salido jamás.

Como escritor, Juan Bosch es uno de los más destacados autores latinoamericanos. Y, sin duda, no es, ni remotamente, tan conocido como algunos otros escritores de tercera categoría.

¿Razones? Hay muchas. Entre las más importantes, su soledad, que, técnica y editorialmente, se refleja en el hecho de que casi todos sus libros han sido publicados por editores de poca importancia, de efímera duración, de nombres sin eco, y de que la distribución de sus obras, hasta las que trataban de política, siempre fue defectuosa.

Cosas del "mercado" editorial latinoamericano, se dirá. Pero también puedo decir: cosas de Juan Bosch; cosas de solitario.

En estos últimos años ha sido cuando ha comenzado a incluirse algunos de sus cuentos en las antologías continentales latinoamericanas, pero faltan todavía, absolutamente, en las de Europa y Estados Unidos.

Bosch no da importancia a esto, porque está ausente; como tampoco dio importancia a la ausencia de los militares en la ceremonia de transmisión de poderes. Tal vez ni siquiera notó, al mirar por encima de las cabezas de la masa, si tenían o no gorra.

Un libro tan fundamental sobre muchos problemas morales de nuestro tiempo, en que cada vez se habla más y más de la Biblia, es prácticamente desconocido: me refiero a *Judas Iscariote, el calumniado*. No conozco ni siquiera un estudio sobre este trabajo, que considero de primer orden. Un libro único, solo, en una cultura de masas.

Durante una conversación mantenida con Bosch en 1958, cuando supe por casualidad que al año siguiente cumpliría los cincuenta

años, se me ocurrió la idea de organizar, como frecuentemente se hace, un homenaje de su cincuentenario.

Para ello quise interesar a la gente de Caracas, donde *Acción Democrática* acababa de llegar al poder, pero no encontré entusiasmo: nadie estaba dispuesto a gastarse algunos millares de Bolívares para componer un libro en el que escritores, políticos, pensadores y artistas del continente prestarían homenaje a uno de "sus" mejores.

Como fuera de Caracas —ciudad "rica" dentro del ámbito de la lengua española— no veía ninguna posibilidad de editar la obra, tomé la decisión de componerla en Río de Janeiro. Que se editara en español o en portugués era problema sin importancia. Lo que hacía falta era darse prisa para que saliese en junio de 1959.

Primero conseguí garantizar la impresión, para la cual se ofreció un grupo de amigos, entre quienes se encontraba el dueño de una tipografía. De esta manera, la parte fundamental me parecía resuelta. Una vez contando con la editora, necesitaba establecer una lista de colaboradores latinoamericanos. Conseguí formar una comisión bajo la presidencia de Manuel Bandeira, siempre dispuesto a prestigiar cualquier iniciativa de esta índole en el Brasil, junto con el entonces diplomático hondureño José R. Castro y actuando como secretario el poeta brasileño Arino Peres, uno de los pocos jóvenes interesados en la cultura hispanoamericana.

Con estos nombres, en equipo, redactamos una carta donde hacíamos un llamamiento urgente a los hombres más destacados de las Américas (recuerdo perfectamente a Luis Alberto Sánchez, Arturo Uslar Pietri, Enrique Labrador Ruiz, Juan José Arévalo y otros, en número de veinte, uno por cada república), a los que solicitábamos colaboración para homenajear a Bosch.

Esta podía consistir tanto en un corto estudio sobre algún aspecto de su vida o de su obra como en una salutación con la oportunidad de su cincuentenario o cualquier otra forma de homenaje. Y para facilitar la tarea de los más ocupados, una colaboración *ad hoc* dedicada especialmente al homenajeado.

Enviamos las cartas y quedamos esperando las respuestas.

Durante dos meses (bien poco tiempo) nada vino, de manera que decidimos enviar otra copia a cada uno de la misma carta.

Esta vez recibimos una página. *La única que llegó* a manos de la comisión de Río. Iba firmada por el presidente de Costa Rica, José Figueres.

Este documento ha quedado inédito hasta hoy, y aquí va inserto como homenaje al solitario Juan Bosch, siete años después de haber cumplido los cincuenta, de su amigo de siempre, el *único* intelectual latinoamericano que, en una hora de completa soledad, comprendió el sentido del llamamiento enviado de Río.

Aquí está el texto de 1959. Posee hoy el mismo sentido, el mismo fervor. Como decía José Martí: "Honrar, honra."

JOSE FIGUERES
Apartado 4484
San José Costa Rica, C.A.

EN EL CUMPLEAÑOS DE JUAN BOSCH

Por

JOSE FIGUERES

No sé si me corresponde sumarme al homenaje a Juan Bosch en el cincuentenario de su vida o si debo más bien dar las gracias a los escritores brasileños por haber organizado este homenaje.

Corozco a Juan Bosch, el mago del cuento, el luchador y el amigo. Nada más grato para mí, ni más justo, que añadir mi palabra de admiración y de afecto cuando en lengua hermana y en República hermana generosamente se le tributa reconocimiento.

Sin embargo, mi amistad con Juan es tal, que elogiándole siento que me elogio a mí mismo. Por eso digo que tal vez me corresponda más bien dar las gracias a los brasileños, colocándome del lado de la familia de quien recibe el tributo.

Pensándolo bien, puede que una cosa no excluya la otra. Felicito a Juan en su cumpleaños y le deseo medio siglo más de producción literaria, de lucha democrática y de bienestar personal, con su esposa Carmen, con sus niños. Sobre todo le deseo que vea pronto a su patria liberada. Y a los admiradores brasileños de Bosch, en nombre de quienes escribimos español, les expreso la gratitud fraternal.

San José de Costa Rica, abril de 1959

LA MANCHA INDELEBLE

Hay un cuento de Juan Bosch que, en los días en que vivimos, debería figurar obligatoriamente en todos los libros de este género. No es por tratarse de un trabajo excepcionalmente estructurado, sino por ser el cuento clásico de este tiempo, en que el *lavado de cerebro* llegó a ser un hecho común de cada día.

Hoy se lavan cerebros con la misma indiferencia y frecuencia con que se lavan camisas. Y Bosch ha sabido escribir el cuento de esta "operación" en cinco páginas. Sin una palabra superflua. Sin acusar. Sin lamentar o quejarse. Contando solamente.

La acción puede resumirse citando algunos fragmentos del cuento: "Todos los que habían cruzado la puerta antes que yo habían entregado sus cabezas, y yo las veía colocadas en una larga hilera de vitrinas que estaban adosadas a la pared de enfrente."

Es el hombre que entra. ¿Dónde? Entra. En el grupo, en la organización. El hombre que asume el *compromiso*, con alguien, con algo. Casi siempre sin saber bien *cómo* ni *por qué*.

"...había pasado el umbral y tenía que entregar mi cabeza."

Nada más. *Sólo* en la cabeza. Millones de hombres la entregan hoy. Sin pensar. Exactamente por ser la cabeza, su cabeza. Pero el héroe de Juan Bosch, al escuchar una voz suave, insensible, automática, diciéndole. "Entregue su cabeza", siente un instante de temor, de miedo, de rebelión del hombre libre, y responde a la voz que sale de la enorme sala donde acaba de entrar: "*No puedo despojarme de mi cabeza así como así. Déme algún tiempo para pensarlo. Comprenda que ella está llena de mis ideas, de mis recuerdos*".

En otras palabras: el *hombre, la idea*, contra el partido contra el grupo. Pero la voz prosigue: "*Aquí no tiene que pensar. Pensaremos por usted*". Esto sucede en 1967. Y sucederá en el año 2000 y después decenas de millones de veces al día. Nadie piensa. *Alguien* piensa en algún lugar, por millones y millones. Mao, Brejnev, Tito, los demás.

Después de negarse a entregar la cabeza, el protagonista del cuento —que no tiene nombre, pudiendo ser cualquiera de nosotros—, ya con el pie en el terrible cuarto, se rebela y avanza impetuosamente hacia la puerta, "empujé al que entraba y salté a la calle".

El hombre que no admite someterse y no quiere entregar su cabeza, rompiendo la fila de los que esperan para entregarla, sale a la calle, a la libertad.

Un día, después de haber pasado varios escondido en su cuarto, por miedo a ser reconocido y perseguido por *alguien*, entra en un bar para tomar una taza de café, sentándose cerca de dos hombres que le miran de tal manera que siente pánico. El pánico de cualquier perseguido, por cualquier causa. Al intentar tomar la taza "me temblaron las manos con tanta violencia, que un poco de bebida se derramó en la camisa. Ahora estoy en casa, tratando de lavar la camisa. He usado jabón, cepillo y un producto químico especial para el caso que hallé en el baño. La mancha no se va. Está ahí, indeleble".

La mancha de la camisa. La mancha de la conciencia. La mancha de todos los que entran en alguna parte y viven sin saber "si los dos hombres eran miembros o enemigos del partido".

Y es sólo aquí donde aparece la palabra símbolo. Exactamente por ello, el cuento se transforma en realidad y pesadilla. Pues la vida de todos nosotros es una vida de real terror y de terror real.

Asistí a la elaboración del cuento escrito a fines de 1960 en Caracas.

Juan Bosch dictó la primera versión a su mujer, Carmen, y en la misma noche nos leyó el texto. Hizo algunas modificaciones a tinta en las hojas de papel mecanografiadas a prisa.

Al día siguiente, considerando tal vez algunas ideas y sugerencias surgidas en la conversación sostenida durante la cena, Bosch nos leyó una segunda versión, donde ciertas partes esenciales, diría encubiertamente esenciales, habían sido modificadas, de tal manera que oíamos ahora otra interpretación definitiva.

Como Bosch percibiese la profunda impresión causada por el cuento, nos ofreció en un sobre las dos versiones con una nota explicativa de las circunstancias por las que fue escrito el cuento y dándome autorización para publicarlo, lo que hice inmediatamente de llegar a Río de Janeiro.

Así, antes de publicarse el volumen *Cuentos escritos en el exilio*,

se editó éste en Río de Janeiro en los primeros meses de 1961 en la revista "Cuadernos Brasileiros". No causó sensación en los medios literarios cariocas. Pero yo sé que publiqué en esta revista, fundada y bautizada por mí, una obra prima del siglo XX.

Si hubiera sido escrita por George Orwell —que en 1984 no llega al refinamiento condensado con tanta exactitud—, el cuento sería hoy comentado y puesto como ejemplo de nuevo género. Para mí, *La mancha indeleble* vale por un libro de Arthur Köstler, Weissberg-Czybulsky o cualquier otro autor que, en un volumen, se dedica a analizar, de la manera que sea, el "lavado de cerebro".

Lo que ellos dicen en centenas o decenas de páginas va relatado en este cuento tan extraordinariamente, que su lectura queda grabada en la mente de cualquier hombre de nuestro tiempo.

Creo que al lado de cuentos como *La mujer*, *El indio Manuel Sicuri*, *Luis Pie* o *El funeral*, *La mancha indeleble* está destinado a quedar en la literatura hispanoamericana como una de sus más representativas páginas.

No constituye mera coincidencia que este cuento no se haya traducido todavía al chino, uzbeko, ruso, tártaro, búlgaro, húngaro, mongol. Es porque no está firmado por Miguel Angel Asturias, Jorge Amado, Carlos Fuentes, Augusto Roa Bastos, o Alejo Carpentier.

Por haber escrito *La mancha indeleble*, Juan Bosch ganó un lugar destacado en la literatura universal, pero perdió el Premio Lenin. Quien escribió este cuento no es solamente un artista acabado, sino una figura representativa de la raza de los hombres libres.

Universidad de Hawai
Honolulu, noviembre-diciembre de 1966